

F 20

L-13

Lectura 16

1. LAS NUEVAS FORMAS DE CONTROL

La razón instrumental como forma de control

Lectura 11

H. MARX
El Hombre unidimensional
MEXICO, D.F.,
ed. Joaquín Morta (1964)

Una ausencia de libertad cómoda, suave, razonable y democrática, señal del progreso técnico, prevalece en la civilización industrial avanzada. ¿Qué podría ser, en realidad, más racional que la supresión de la individualidad en el proceso de mecanización de actuaciones socialmente necesarias aunque dolorosas; que la concentración de empresas individuales en corporaciones más eficaces y productivas; que la regulación de la libre competencia entre sujetos económicos desigualmente provistos; que la reducción de prerrogativas y soberanías nacionales que impiden la organización internacional de los recursos? Que este orden tecnológico implique también una coordinación política e intelectual puede ser una evolución lamentable y, sin embargo, prometedora.

Los derechos y libertades que fueron factores vitales en los orígenes y etapas tempranas de la sociedad industrial se debilitan en una etapa más alta de esta sociedad: están perdiendo su racionalidad y contenido tradicionales. La libertad de pensamiento, de palabra y de conciencia eran —tanto como la libertad de empresa, a la que servían para promover y proteger— esencialmente ideas *críticas*, destinadas a reemplazar una cultura material e intelectual anticuada por otra más productiva y racional. Una vez institucionalizados, estos derechos y libertades compartieron el destino de la sociedad de la que se habían convertido en parte integrante. La realización anula las premisas.

En la medida en que la independencia de la necesidad, sustancia concreta de toda libertad, se convierte en una posibilidad real, las libertades propias de un estado de productividad más baja pierden su contenido previo. Una sociedad que parece cada día más capaz de satisfacer las necesidades de los individuos por medio de la forma en que está organizada, priva a la independencia de pensamiento, a la autonomía y al derecho de oposición política de su función crítica básica. Tal sociedad puede exigir justamente la aceptación de sus principios e instituciones, y re-

ducir la oposición a la mera promoción y debate de políticas alternativas *dentro del statu quo*. En ese respecto, parece de poca importancia que la creciente satisfacción de las necesidades se lleve a cabo por medio de sistemas autoritarios o no-autoritarios. Bajo las condiciones de un creciente nivel de vida, la disconformidad con el sistema no parece tener ninguna utilidad social, y aún más cuando implica tangibles desventajas económicas y políticas y pone en peligro el buen funcionamiento del conjunto. Es cierto que, por lo menos en lo que concierne a las necesidades de la vida, no parece haber ninguna razón para que la producción y la distribución de bienes y servicios deba proceder a través de la concurrencia competitiva de las libertades individuales.

Desde el primer momento la libertad de empresa no fue precisamente una bendición. En cuanto significaba libertad para trabajar o para morir de hambre, significaba fatigas, inseguridad y temor para la gran mayoría de la población. Si el individuo no estuviera aún obligado a probarse a sí mismo en el mercado, como sujeto económico libre, la desaparición de esta clase de libertad sería uno de los mayores logros de la civilización. El proceso tecnológico de mecanización y normalización podría canalizar la energía individual hacia un reino virgen de libertad más allá de la necesidad. La misma estructura de la existencia humana se alteraría; el individuo se liberaría de las necesidades y posibilidades extrañas que le impone el mundo del trabajo. El individuo tendría libertad para ejercer la autonomía sobre una vida que sería la suya propia. Si el aparato productivo se pudiera organizar y dirigir hacia la satisfacción de las necesidades vitales, su control se podría muy bien centralizar; tal control no impediría la autonomía individual, sino que la haría posible.

Este es un objetivo que está dentro de las capacidades de la civilización industrial avanzada: el "fin" de la racionalidad tecnológica. Sin embargo, el que opera en realidad es el rumbo contrario; el aparato impone sus exigencias económicas y políticas para expansión y defensa sobre el tiempo de trabajo y el

tiempo libre, sobre la cultura intelectual y la cultura material. En virtud de la manera en que ha organizado su base tecnológica, la sociedad industrial contemporánea tiende a ser totalitaria. Porque "totalitaria" no es sólo una coordinación política terrorista de la sociedad, sino también una coordinación técnico-económica no-terrorista que opera a través de la manipulación de las necesidades por intereses creados, impidiendo por lo tanto el surgimiento de una oposición efectiva contra el todo. No sólo una forma específica de gobierno o gobierno de partido hace posible el totalitarismo, sino también un sistema específico de producción y distribución que puede muy bien ser compatible con un "pluralismo" de partidos, periódicos, "poderes compensatorios", etc.¹

Hoy en día el poder político se afirma por medio de su poder sobre el proceso mecánico y sobre la organización técnica del aparato. El gobierno de las sociedades industriales avanzadas y en crecimiento sólo puede mantenerse y asegurarse cuando logra movilizar, organizar y explotar la productividad técnica, científica y mecánica de que dispone la civilización industrial. Y esa productividad moviliza a la sociedad entera, por encima y más allá de cualquier interés individual o de grupo. El hecho brutal de que el poder físico (¿sólo físico?) de la máquina sobrepase al del individuo, y al de cualquier grupo particular de individuos, hace de la máquina el instrumento más efectivo en cualquier sociedad cuya organización básica sea la del proceso mecanizado. Pero la tendencia política puede invertirse; en esencia, el poder de la máquina es sólo el poder del hombre almacenado y proyectado. En la medida en que el mundo del trabajo se conciba como una máquina y se mecanice de acuerdo con ella, se convierte en la base *potencial* de una nueva libertad para el hombre.

La civilización industrial contemporánea demuestra que ha llegado a una etapa en la que "la sociedad libre" no se puede ya definir adecuadamente en los términos tradicionales de libertades económicas, políticas e intelectuales, no porque estas libertades se

¹ Ver pp. 71-72.

hayan vuelto insignificantes, sino porque son demasiado significativas para confinarlas dentro de las formas tradicionales. Se necesitan nuevos modos de realización que correspondan a las nuevas capacidades de la sociedad.

Estos nuevos modos sólo se pueden indicar en términos negativos porque equivaldrían a la negación de los modos predominantes. Así, la libertad económica significaría la libertad de la economía: de estar controlados por fuerzas y relaciones económicas, de estar a merced de la diaria lucha por la existencia, de ganarse la vida. La libertad política significaría la liberación de los individuos de una política sobre la que no ejercen ningún control efectivo. Del mismo modo, la libertad intelectual significaría la restauración del pensamiento individual absorbido ahora por la comunicación e indoctrinación de masas, la abolición de la "opinión pública" junto con sus creadores. El timbre irreal de estas proposiciones indica, no su carácter utópico, sino el vigor de las fuerzas que impiden su realización. La forma más efectiva y duradera de la guerra contra la liberación es la implantación de necesidades intelectuales que perpetúan formas anticuadas de la lucha por la existencia.

La intensidad, la satisfacción y hasta el carácter de las necesidades humanas, más allá del nivel biológico, han sido siempre precondicionadas. Se conciba o no como una *necesidad* la posibilidad de hacer o dejar de hacer, de disfrutar o destruir, de poseer o rechazar algo, ello depende de si puede o no ser vista como deseable y necesaria para las instituciones e intereses preponderantes de la sociedad. En este sentido, las necesidades humanas son necesidades históricas y, en la medida en que la sociedad exige el desarrollo represivo del individuo, sus mismas necesidades y pretensiones de satisfacción están sujetas a pautas críticas superiores.

Se puede distinguir entre necesidades verdaderas y necesidades falsas. "Falsas" son aquellas que intereses sociales particulares imponen al individuo para su represión: las necesidades que perpetúan el esfuerzo, la agresividad, la miseria y la injusticia. Su satisfac-

ción puede ser de lo más grata para el individuo, pero esta felicidad no es una condición que deba ser mantenida y protegida si sirve para impedir el desarrollo de la capacidad (la suya propia y la de otros) de reconocer la enfermedad del todo y de aprovechar las posibilidades de curarla. El resultado es, en este caso, la euforia dentro de la infelicidad. La mayor parte de las necesidades predominantes de descansar, divertirse, comportarse y consumir de acuerdo con los avisos, de amar y odiar lo que otros odian y aman, pertenece a esta categoría de falsas necesidades.

Estas necesidades tienen un contenido y una función sociales determinadas por poderes externos sobre los que el individuo no tiene ningún control; el desarrollo y la satisfacción de estas necesidades es heterónomo. No importa hasta qué punto se hayan convertido en algo propio del individuo, reproducidas y fortificadas por las condiciones de su existencia; no importa que se identifique con ellas y se encuentre a sí mismo en su satisfacción. Siguen siendo lo que fueron desde el principio; productos de una sociedad cuyos intereses dominantes requieren la represión.

El predominio de las necesidades represivas es un hecho cumplido, aceptado por ignorancia y por derrotismo, pero es un hecho que debe ser eliminado tanto en interés del individuo feliz, como de todos aquellos cuya miseria es el precio de su satisfacción. Las únicas necesidades que pueden inequívocamente reclamar satisfacción son las vitales: alimento, vestido y habitación en el nivel de cultura que esté al alcance. La satisfacción de estas necesidades es el requisito para la realización de *todas* las necesidades, tanto de las sublimadas como de las no sublimadas.

Para cualquier conocimiento y conciencia, para cualquier experiencia que no acepte el interés social predominante como ley suprema del pensamiento y de la conducta, el universo establecido de necesidades y satisfacciones es un hecho del que se debe desconfiar—desconfiar en términos de verdad y mentira. Estos términos son enteramente históricos, y su objetividad es histórica. El juicio sobre las necesidades y su satisfacción bajo las condiciones dadas, implica normas

de *prioridad* —normas que se refieren al desarrollo óptimo del individuo, de todos los individuos, bajo la utilización óptima de los recursos materiales e intelectuales al alcance del hombre. Los recursos son calculables. La "verdad" y la "falsedad" de las necesidades designan condiciones objetivas en la medida en que la satisfacción universal de las necesidades vitales y, más allá de ella, la progresiva mitigación del trabajo y la miseria, son normas universalmente válidas. Pero en tanto que normas históricas, no sólo varían de acuerdo con el área y el estado de desarrollo, sino que también sólo se pueden definir en (mayor o menor) *contradicción* con las normas predominantes. ¿Y qué tribunal puede reclamar legítimamente la autoridad de decidir?

En última instancia, la pregunta sobre cuáles son las necesidades verdaderas o falsas sólo puede ser resuelta por los mismos individuos, pero sólo en última instancia; esto es, siempre y cuando tengan la libertad para dar su propia respuesta. Mientras se les mantenga en la incapacidad de ser autónomos, mientras sean adoctrinados y manipulados (hasta en sus mismos instintos) su respuesta a esta pregunta no puede considerarse propia de ellos. Por lo mismo, sin embargo, ningún tribunal puede adjudicarse en justicia el derecho de decidir cuáles necesidades se deben desarrollar y satisfacer. Tal tribunal sería censurable, aunque nuestra repulsa no podría eliminar la pregunta: ¿cómo pueden hombres que han sido objeto de una dominación efectiva y productiva crear por sí mismos las condiciones de la libertad?²

Cuanto más racional, productiva, técnica y total se torna la administración represiva de la sociedad, más inimaginables resultan los medios y modos mediante los que los individuos administrados pueden romper su servidumbre y alcanzar su propia liberación. Claro está que imponer la Razón a toda una sociedad es una idea paradójica y escandalosa; aunque se pueda discutir la rectitud de una sociedad que ridiculiza esta

² Ver p. 62.

idea mientras convierte a su propia población en objeto de una administración total. Toda liberación depende de la toma de conciencia de la servidumbre, y el surgimiento de esta conciencia se ve estorbado siempre por el predominio de necesidades y satisfacciones que, en grado sumo, se han convertido en propias del individuo. El proceso siempre reemplaza un sistema de preconditionamiento por otro; el objetivo óptimo es el reemplazo de necesidades falsas por otras verdaderas, el abandono de la satisfacción represiva.

El rasgo distintivo de la sociedad industrial avanzada es la sofocación efectiva de aquellas necesidades que requieren ser liberadas —liberadas también de aquello que es tolerable, ventajoso y cómodo— mientras que sostiene y absuelve el poder destructivo y la función represiva de la sociedad opulenta. Aquí, los controles sociales exigen la abrumadora necesidad de producir y consumir el derroche; la necesidad de un trabajo embrutecedor cuando ha dejado de ser una verdadera necesidad; la necesidad de modos de descanso que alivian y prolongan ese embrutecimiento; la necesidad de mantener libertades engañosas tales como la libre competencia a precios administrados, una prensa libre que se autocensura, una libertad de escoger entre marcas de fábrica y artefactos.

Bajo el gobierno de una totalidad represiva, la libertad se puede convertir en un poderoso instrumento de dominación. La amplitud de la selección abierta a un individuo no es factor decisivo para determinar el grado de libertad humana, pero sí lo es *lo que se puede escoger y lo que es escogido por el individuo*. El criterio para la selección no puede nunca ser absoluto, pero tampoco es del todo relativo. La libre elección de amos no suprime ni a los amos ni a los esclavos. Escoger libremente entre una amplia variedad de bienes y servicios no significa libertad si estos bienes y servicios sostienen controles sociales sobre una vida de temor y de esfuerzo, esto es, si sostienen la alienación. Y la reproducción espontánea, por los individuos, de necesidades superimpuestas no establece la autonomía; sólo prueba la eficacia de los controles.

Nuestra insistencia en la profundidad y eficacia de esos controles está sujeta a la objeción de que le damos demasiada importancia al poder de adoctrinación de los "medios de comunicación", y de que la gente por sí misma sentiría y satisfaría las necesidades que hoy le son impuestas. Pero tal objeción no es válida. El condicionamiento no empieza con la producción masiva de la radio y la televisión y con la centralización de su control. La gente entra en esta etapa ya como receptáculo condicionado desde mucho tiempo atrás; la diferencia decisiva está en la disminución del contraste entre lo dado y lo posible, entre las necesidades satisfechas y las necesidades por satisfacer. Y es aquí donde la llamada nivelación de las distinciones de clase revela su función ideológica. Si el trabajador y su jefe se divierten con el mismo programa de televisión y visitan los mismos lugares de recreo, si la taquígrafa se viste tan elegantemente como la hija de su jefe, si el negro tiene un Cadillac, si todos leen el mismo periódico, esta asimilación indica no la desaparición de las clases, sino la medida en que las necesidades y satisfacciones que sirven para la preservación del "establecimiento" son compartidas por la población subyacente.

Es verdad que en las áreas más altamente desarrolladas de la sociedad contemporánea la mutación de necesidades sociales en necesidades individuales es tan efectiva que la diferencia entre ellas parece puramente teórica. ¿Se puede realmente diferenciar entre los medios de comunicación de masas como instrumentos de información y diversión, y como medios de manipulación y adoctrinamiento? ¿Entre el automóvil como molestia y como conveniencia? ¿Entre los horrores y las comodidades de la arquitectura funcional? ¿Entre el trabajo para la defensa nacional y el trabajo para la ganancia de las empresas? ¿Entre el placer privado y la utilidad comercial y política que implica el crecimiento de la tasa de natalidad?

De nuevo nos encontramos ante uno de los aspectos más perturbadores de la civilización industrial avan-

control social
necesidades

zada: el carácter racional de su irracionalidad. Su productividad y eficiencia, su capacidad de incrementar y difundir las comodidades, de convertir lo superfluo en necesidad y la destrucción en construcción, el grado en que esta civilización transforma el mundo de los objetos en extensión de la mente y el cuerpo del hombre hace dudosa hasta la noción misma de alienación. La gente se reconoce en sus mercancías; encuentra su alma en su automóvil, en su aparato de alta fidelidad, su casa, su equipo de cocina. El mecanismo que une el individuo a su sociedad ha cambiado, y el control social se ha incrustado en las nuevas necesidades que ha producido.

Las formas predominantes de control social son tecnológicas en un nuevo sentido. Es claro que la estructura técnica y la eficacia del aparato productivo y destructivo han sido instrumentos decisivos para sujetar la población a la división del trabajo establecida a lo largo de la época moderna. Además, tal integración ha estado acompañada de formas de compulsión más inmediatas: pérdida de medios de subsistencia, la administración de justicia, la policía, las fuerzas armadas. Todavía lo está. Pero en la época contemporánea, los controles tecnológicos parecen ser la misma encarnación de la razón en beneficio de todos los grupos e intereses sociales —hasta tal punto que toda contradicción parece irracional y toda oposición imposible.

No hay que sorprenderse, pues, de que, en las áreas más avanzadas de esta civilización, los controles sociales hayan sido introyectados hasta tal punto que llegan a afectar la misma protesta individual en sus raíces. La negativa intelectual y emocional a "seguir la corriente" aparece como un signo de neurosis e impotencia. Este es el aspecto socio-psicológico del acontecer político que caracteriza a la época contemporánea: la desaparición de las fuerzas históricas que, en la etapa precedente de la sociedad industrial, parecían representar las posibilidades de nuevas formas de existencia.

Pero quizá el término "introyección" ya no describa el modo como el individuo reproduce y perpetúa por sí mismo los controles externos ejercidos por su sociedad. Introyección sugiere una variedad de procesos relativamente espontáneos por medio de los cuales un Ego traspone lo "exterior" en "interior". Así que introyección implica la existencia de una dimensión interior separada de y hasta antagónica a las exigencias externas; una conciencia individual y un inconsciente individual *aparte de* la opinión y la conducta pública.³ La idea de "libertad interior" tiene aquí su realidad; designa el espacio privado en el cual el hombre puede convertirse en sí mismo y seguir siendo "él mismo".

Hoy en día este espacio privado ha sido invadido y cercenado por la realidad tecnológica. La producción y la distribución en masa reclaman al individuo en su totalidad, y ya hace mucho que la psicología industrial ha dejado de reducirse a la fábrica. Los múltiples procesos de introyección parecen haberse osificado en reacciones casi mecánicas. El resultado es, no la adaptación, sino la *mimesis*, una inmediata identificación del individuo con su sociedad y, a través de ésta, con la sociedad como un todo.

Esta identificación inmediata, automática (que debe de haber sido característica en las formas de asociación primitivas) reaparece en la alta civilización industrial; su nueva "inmediatez" es, sin embargo, producto de una gestión y una organización elaboradas y científicas. En este proceso la dimensión "interior" de la mente, en la cual puede echar raíces la oposición al *statu quo*, se ve reducida paulatinamente. La pérdida de esta dimensión, en la que reside el poder del pensamiento negativo —el poder crítico de la Razón— se encuentra a sus anchas, es la contrapartida ideológica del propio proceso material mediante el cual la sociedad industrial avanzada acalla y reconcilia a la opo-

³ El cambio en la función de la familia juega aquí un papel decisivo: sus funciones "socializantes" están siendo cada vez más absorbidas por grupos externos y medios de comunicación. Véase mi *Eros y civilización*, México: Joaquín Mortiz, 1965, pp. 108 ss.

sición. El impacto del progreso convierte a la Razón en sumisión a los hechos de la vida y a la capacidad dinámica de producir más y más grandes hechos de la misma especie de vida. La eficiencia del sistema impide el reconocimiento individual de que el mismo no contiene hechos que no comuniquen el poder represivo de la totalidad. Si los individuos se encuentran a sí mismos en las cosas que dan forma a sus vidas, lo hacen no al dar, sino al aceptar la ley de las cosas; no las leyes de la física, sino las leyes de su sociedad.

Acabo de sugerir que el concepto de alienación parece volverse dudoso cuando los individuos se identifican a sí mismos con la existencia que les es impuesta y en la cual encuentran su propio desarrollo y satisfacción. Esta identificación no es ilusión, sino realidad. Sin embargo, la realidad constituye una etapa más avanzada de la alienación. Esta se ha vuelto enteramente objetiva; el sujeto alienado es devorado por su existencia alienada. Hay una sola dimensión que está por todas partes y en todas las formas. Los logros del progreso desafían tanto la denuncia como la justificación ideológica; ante su tribunal, la "falsa conciencia" de su racionalidad se convierte en la verdadera conciencia.

Esta absorción de la ideología por la realidad no significa, sin embargo, el "fin de la ideología". Por el contrario, la cultura industrial avanzada es, en un sentido específico, *más* ideológica que su predecesora, en tanto que la ideología se encuentra hoy en el propio proceso de producción.⁴ Bajo una forma provocativa, esta proposición revela los aspectos políticos de la racionalidad tecnológica predominante. El aparato productivo y los bienes y servicios que produce "venden" o imponen el sistema social como un todo. Los medios de transporte y comunicación de masas, los bienes de vivienda, alimentación y vestuario, el irresistible rendimiento de la industria de las diversiones y de la información llevan consigo hábitos y actitudes prescritas, ciertas reacciones emocionales

⁴ Theodor W. Adorno. *Prismen. Kulturkritik und Gesellschaft*. Frankfurt: Suhrkamp. 1955, p. 24. (Edición castellana, Barcelona: Ariel, 1962.)

e intelectuales que vinculan más o menos agradablemente a consumidor y productor y, a través de éste, a la totalidad. Los productos adoctrinan y manipulan; promueven una falsa conciencia inmune a su falsedad. Y a medida que estos productos útiles son asequibles a más individuos en más clases sociales, el adoctrinamiento que llevan a cabo deja de ser publicidad; se convierten en modo de vida. Es un buen modo de vida —mucho mejor que antes—, y en cuanto tal se opone al cambio cualitativo. De esta manera surge el modelo de *pensamiento y conducta unidimensional* en el que ideas, aspiraciones y objetivos, que trascienden por su contenido el universo establecido del discurso y la acción, son o rechazados o reducidos a los términos de este universo. La racionalidad del sistema y de su extensión cuantitativa los redefine.

Esta tendencia se puede relacionar con el desarrollo del método científico: operacionalismo en las ciencias físicas, conductismo en las ciencias sociales. La característica común es un empirismo total en el tratamiento de los conceptos; su significado está restringido a la representación de operaciones y conductas particulares. El punto de vista operacional está bien ilustrado por el análisis de P. W. Bridgman del concepto de extensión:⁵

Es evidente que, cuando podemos decir cuál es la extensión de cualquier objeto, sabemos lo que queremos decir por extensión, y el físico no requiere nada más. Para encontrar la extensión de un objeto tenemos que llevar a cabo ciertas operaciones físicas. El concepto de extensión estará por lo tanto establecido una vez que

⁵ P. W. Bridgman, *The Logic of Modern Physics* (Nueva York: Macmillan, 1928), p. 5. La doctrina operacional ha sido refinada y delimitada desde entonces. El propio Bridgman ha extendido el concepto de "operación" hasta incluir las operaciones de "papel y lápiz" de los teóricos (en Philipp J. Frank, *The Validation of Scientific Theories* [Boston: Beacon Press, 1954], Cap. II). El impulso principal sigue siendo el mismo: es "deseable" que las operaciones de papel y lápiz "sean capaces de un contacto eventual, aunque quizá indirectamente, con las operaciones instrumentales".

las operaciones por medio de las cuales se mide la extensión estén fijadas; esto es, el concepto de extensión implica ni más ni menos que el conjunto de operaciones por las cuales se determina la extensión. En general, entendemos por cualquier concepto nada más que un conjunto de operaciones; el concepto es sinónimo al correspondiente conjunto de operaciones.

Bridgman ha visto las amplias implicaciones de este modo de pensar para la sociedad en su conjunto.⁶

Adoptar el punto de vista operacional implica mucho más que una mera restricción del sentido en que comprendemos el "concepto", significa un cambio de largo alcance en todos nuestros hábitos de pensamiento, porque ya no nos permitiremos emplear como instrumentos de nuestro pensamiento conceptos que no podemos describir en términos de operaciones.

La predicción de Bridgman se ha realizado. El nuevo modo de pensar es hoy en día la tendencia predominante en la filosofía, la psicología, la sociología y otros campos. Muchos de los conceptos más perturbadores están siendo "eliminados" al mostrar que no se pueden describir adecuadamente en términos operacionales o conductistas. La ofensiva empirista radical (en los capítulos VII y VIII examiné sus pretensiones de ser empiristas) provee de esta manera la justificación metodológica para que los intelectuales bajen a la mente de su pedestal: positivismo que, en su negación de los elementos trascendentes de la Razón, forma la réplica académica de la conducta socialmente requerida.

Fuera del *establishment* académico, el "cambio de largo alcance en todos nuestros hábitos de pensar" es más serio aún. Sirve para coordinar ideas y objetivos requeridos por el sistema predominante, para encerrarlos dentro del sistema y rechazar aquellos que no son reconciliables con él. El reino de tal realidad unidimensional no significa que domine el

⁶ P. W. Bridgman, *The Logic of Modern Physics*, loc. cit., p. 31.

materialismo y que las ocupaciones espirituales, metafísicas y bohemias estén acabándose. Por el contrario, hay mucho de "Oremos juntos esta semana", "¿Por qué no pruebas a Dios?", Zen, existencialismo y modos de vida inconformistas. Pero estos modos de protesta y trascendencia ya no son contradictorios del *statu quo* y tampoco negativos. Son más bien la parte ceremonial del conductismo práctico, su inocua negación, y el *statu quo* los digiere prontamente como parte de su saludable dieta.

Los fabricantes de la política y sus suministradores de información masiva promueven sistemáticamente el pensamiento unidimensional. Su universo de razonamiento está poblado de hipótesis que se validan a sí mismas y que, repetidas incesante y monopolísticamente, se tornan en definiciones hipnóticas o dictados. Por ejemplo, "libres" son las instituciones que operan (y sobre las que se opera) en los países del mundo libre; otros modos trascendentes de libertad son por definición el anarquismo, el comunismo o la propaganda. "Socialistas" son todas las intrusiones en empresas privadas no llevadas a cabo por la misma empresa privada (o por contratos gubernamentales), tales como el seguro de salud universal y comprensivo, la protección de los recursos naturales contra una comercialización devastadora, o el establecimiento de servicios públicos que puedan perjudicar las ganancias privadas. Esta lógica totalitaria del hecho cumplido tiene su contrapartida en Oriente. Allí, la libertad es el modo de vida instituido por un régimen comunista, y todos los demás modos trascendentes de libertad son o capitalistas, o revisionistas, o sectarismo izquierdista. En ambos campos las ideas no-operacionales son no-conductistas y subversivas. El movimiento del pensamiento se detiene en barreras que parecen ser los límites mismos de la Razón.

Esta limitación del pensamiento no es ciertamente nueva. El racionalismo moderno ascendente, tanto en su forma empírica como especulativa, muestra un marcado contraste entre el extremo radicalismo crítico

en el método científico y filosófico por un lado, y un quietismo acrítico en la actitud hacia las instituciones sociales establecidas y operantes. Así, el *ego cogitans* de Descartes debía dejar los "grandes cuerpos públicos" intactos, y Hobbes sostenía que "el presente debe siempre ser preferido, mantenido y considerado mejor". Kant coincidía con Locke en justificar la revolución *siempre y cuando* lograra organizar el todo e impedir la subversión.

Sin embargo, estos conceptos acomodaticios de la Razón siempre fueron contradichos por la miseria e injusticia evidentes de los "grandes cuerpos públicos" y la efectiva y más o menos consciente rebelión contra ellos. Existían condiciones sociales que provocaban y permitían una disociación real del estado de cosas establecido; estaba presente una dimensión tanto política como privada en la cual la disociación se podía desarrollar en oposición efectiva, probando su fuerza y la validez de sus objetivos.

Con la gradual clausura de esta dimensión por la sociedad, la autolimitación del pensamiento alcanza un significado más amplio. La interrelación entre los procesos científico-filosóficos y sociales, entre la Razón teórica y la Razón práctica, se afirma "a espaldas" de los científicos y filósofos. La sociedad obstruye toda una especie de operaciones y conductas de oposición; consecuentemente los conceptos que les son propios se convierten en ilusorios y sin significado. La trascendencia histórica aparece como trascendencia metafísica, inaceptable para la ciencia y el pensamiento científico. El punto de vista operacional y conductista, practicado en general como "hábito del pensamiento", se convierte en el modo de ver del universo establecido de la acción y el discurso, de necesidades y aspiraciones. La "astucia de la Razón" opera, como tantas veces lo ha hecho, en pro de los poderes establecidos. La insistencia en conceptos operacionales y conductistas se vuelve contra los esfuerzos por liberar el pensamiento y la conducta de una realidad dada y por las alternativas suprimidas. La Razón teórica y la Razón práctica, el conductismo académico y social vienen a encontrarse en un plano común: el de la

sociedad avanzada que convierte el progreso científico y técnico en un instrumento de dominación.

"Progreso" no es un término neutral; se mueve hacia fines específicos, y estos fines son definidos por las posibilidades de mejorar la condición humana. La sociedad industrial avanzada se está acercando a la etapa en que el progreso continuo exigirá una subversión radical de la organización y dirección predominante del progreso. Esta fase será alcanzada cuando la producción material (incluyendo los servicios necesarios) se automatice hasta el punto en que todas las necesidades vitales puedan ser satisfechas mientras que el tiempo de trabajo necesario se reduzca a tiempo marginal. De este punto en adelante, el progreso técnico trascenderá el reino de la necesidad, en el que servía de instrumento de dominación y explotación, lo cual limitaba por tanto su racionalidad; la tecnología estará sujeta al libre juego de las facultades en la lucha por la pacificación de la naturaleza y de la sociedad.

Tal estado está previsto en la noción de Marx de la "abolición del trabajo". El término "pacificación de la existencia" parece más apropiado para designar la alternativa histórica de un mundo que —a través de un conflicto internacional que transforma y suspende las contradicciones dentro de las sociedades establecidas— avanza al borde de una guerra global. "Pacificación de la existencia" quiere decir el desarrollo de la lucha del hombre con el hombre y con la naturaleza, bajo condiciones en que las necesidades, los deseos y las aspiraciones competitivas no estén ya organizados por intereses creados de dominación y escasez: una organización que perpetúa las formas destructivas de esta lucha.

La presente oposición a esta alternativa histórica encuentra una firme base en la población subyacente, y su ideología en la rígida orientación del pensamiento y conducta hacia el universo dado de los hechos. Justificado por los logros de la ciencia y la tecnología, por su creciente productividad, el *statu quo* desafia toda trascendencia. Ante la posibilidad de pacificación con base en sus logros técnicos e intelectuales, la socie-

dad industrial madura se cierra contra esta alternativa. El operacionalismo en teoría y práctica se convierte en la teoría y la práctica de la *contención*. Por debajo de su dinámica aparente, esta sociedad es un sistema de vida completamente estático: se autoimpulsa en su productividad opresiva y su coordinación provechosa. La contención del progreso técnico va del brazo con su crecimiento en la dirección establecida. A pesar de las cadenas políticas impuestas por el *statu quo*, mientras más capaz parezca la tecnología de crear las condiciones para la pacificación, más se organizan el espíritu y el cuerpo del hombre en contra de esta alternativa.

Las áreas más avanzadas de la sociedad industrial muestran estas dos características: una tendencia hacia la consumación de la racionalidad tecnológica y esfuerzos intensos para contener esta tendencia dentro de las instituciones establecidas. Aquí reside la contradicción interna de esta civilización: el elemento irracional en su racionalidad. Es el signo de sus realidades. La sociedad industrial que hace suya la tecnología y la ciencia se organiza para el cada vez más efectivo dominio del hombre y la naturaleza, para la cada vez más efectiva utilización de sus recursos. Se vuelve irracional cuando el éxito de estos esfuerzos abre nuevas dimensiones para la realización del hombre. La organización para la paz es diferente de la organización para la guerra; las instituciones que prestaron ayuda en la lucha por la existencia no pueden servir para la pacificación de la existencia. La vida como fin difiere cualitativamente de la vida como medio.

Tal modo cualitativamente nuevo de existencia no se podría imaginar nunca como un simple derivado de cambios políticos y económicos, como efecto más o menos espontáneo de las nuevas instituciones que constituyen el requisito necesario. El cambio cualitativo implica también un cambio en la base técnica sobre la que reposa esta sociedad; un cambio que sirva de base a las instituciones políticas y económicas a través de las cuales se estabiliza la "segunda naturaleza" del hombre como objeto agresivo de la indus-

trialización. Las técnicas de la industrialización son técnicas políticas; como tales, prejuzgan las posibilidades de la Razon y de la Libertad.

Es claro que el trabajo debe preceder a la reducción del trabajo, y que la industrialización debe preceder al desarrollo de las necesidades y satisfacciones humanas. Pero así como toda libertad depende de la conquista de la necesidad ajena, también la realización de la libertad depende de las técnicas de esta conquista. La productividad más alta del trabajo puede utilizarse para la perpetuación del trabajo, la industrialización más efectiva puede servir para la restricción y la manipulación de las necesidades.

Al llegar a este punto, la dominación —disfrazada de afluencia y de libertad— se extiende a todas las esferas de la existencia pública y privada, integra toda oposición auténtica, absorbe toda alternativa. La racionalidad tecnológica revela su carácter político a medida que se convierte en el gran vehículo de una dominación más acabada, creando un universo verdaderamente totalitario en el que sociedad y naturaleza, espíritu y cuerpo, se mantienen en un estado de permanente movilización para la defensa de este universo.

2. EL CIERRE DEL UNIVERSO POLITICO

1) *Nuevas Formas de dominio en el PT + aspectos d el socialismo Real*
La sociedad de movilización total, que se configura en las áreas más avanzadas de la civilización industrial, combina en una unión productiva elementos del Estado de Bienestar y el Estado de Guerra. Comparada con sus predecesoras, es en verdad "una nueva sociedad". Los tradicionales aspectos problemáticos están siendo eliminados o aislados; los elementos perturbadores dominados. Las tendencias principales son conocidas: concentración de la economía nacional en las necesidades de las grandes empresas, con el gobierno como una fuerza estimulante, de apoyo y algunas veces incluso de control; sujeción de esta economía a un sistema a escala mundial de alianzas militares, convenios monetarios, asistencia técnica y modelos de desarrollo; gradual asimilación burocrática y obrera de la población, de los tipos de liderazgo en los negocios y en el trabajo, de las diversiones y las aspiraciones en las diferentes clases sociales; mantenimiento de una armonía preestablecida entre la enseñanza y los objetivos nacionales; invasión del hogar privado por la proximidad de la opinión pública, abriendo la alcoba a los medios de comunicación de masas.

En la esfera política, esta tendencia se manifiesta en una marcada unificación o convergencia de los opuestos. El bipartidismo en la política exterior cubre los intereses competitivos de los grupos mediante la amenaza del comunismo internacional, y se extiende a la política doméstica, donde los programas de los grandes partidos son cada vez más difíciles de distinguir, incluso en el grado de hipocresía y en el olor de los clichés. Esta unificación de los opuestos pesa sobre las posibilidades de cambio social en el sentido de que abarca aquellos estratos sobre cuyas espaldas progresa el sistema; esto es, las propias clases cuya existencia supuso en otro tiempo la oposición al sistema como totalidad.

En los Estados Unidos se advierte la colusión y la alianza entre las empresas y el trabajo organizado;

en *Labor Looks at Labor: A Conversation*, publicado por el Centro para el Estudio de las Instituciones Democráticas en 1963, se nos dice que:

Lo que ha pasado es que el sindicato ha llegado a ser casi indistinguible *ante sí mismo* de la empresa. Hoy vemos el fenómeno de sindicatos y empresas formando *juntos* grupos de presión. El sindicato no va a ser capaz de convencer a los obreros que trabajan en la construcción de proyectiles de que la compañía para la que trabajan es una empresa nociva cuando tanto el sindicato como la fábrica están tratando de conseguir contratos mayores y de incorporar a la misma área otras industrias de defensa, o cuando aparecen unidos ante el Congreso y unidos piden que se construyan proyectiles en vez de bombarderos o bombas en vez de proyectiles, según el contrato que están buscando.

El partido laborista inglés, cuyos líderes compiten con sus oponentes conservadores en promover los intereses nacionales, difícilmente se dedica a apoyar un modesto programa de nacionalización parcial. En Alemania Occidental, que ha proscrito el partido comunista, el partido social demócrata, habiendo rechazado oficialmente sus programas marxistas, está probando convincentemente su respetabilidad. Esta es la situación en los principales países industriales de Occidente. En Oriente la reducción gradual de controles políticos directos prueba la confianza cada vez mayor en la efectividad de los controles tecnológicos como instrumentos de dominación. Con respecto a los poderosos partidos comunistas de Francia e Italia, dan testimonio de la dirección general de las circunstancias adhiriéndose a un programa mínimo que margina la toma revolucionaria del poder y contemporiza con las reglas del juego parlamentario.

Pero, aunque sea incorrecto considerar a los partidos francés e italiano como "extranjeros" en el sentido de estar apoyados por un poder exterior, hay un involuntario núcleo de verdad en esta propaganda: son extranjeros en tanto que son testigos de una historia pasada (¿o futura?) en la realidad actual. Si han aceptado trabajar dentro del marco del sistema establecido, no es sólo sobre bases tácticas y como una estrategia

de corto alcance, sino porque su base social se ha debilitado y sus objetivos se han alterado por la transformación del sistema capitalista (tal como lo han sido los objetivos de la Unión Soviética, que ha apoyado este cambio en la política). Estos partidos comunistas nacionales desempeñan el papel histórico de partidos legales de oposición "condenados" a ser no radicales. Atestiguan la profundidad y la dimensión de la integración capitalista, y las condiciones que crean las diferencias cualitativas de los intereses en conflicto, aparecen como diferencias cuantitativas dentro de la sociedad establecida.

No parece ser necesario ningún análisis profundo para encontrar las razones de esta evolución. Con respecto al Occidente, los antiguos conflictos dentro de la sociedad son modificados y juzgados bajo el doble (e interrelacionado) impacto del progreso técnico y el comunismo internacional. Las luchas de clases se atenúan y las "contradicciones imperialistas" se detienen ante la amenaza exterior. Movilizada contra esta amenaza, la sociedad capitalista muestra una unión y una cohesión internas desconocidas en las etapas anteriores de la civilización industrial. Es una cohesión que descansa sobre bases muy materiales; la movilización contra el enemigo actúa como un poderoso estímulo de la producción y el empleo, manteniendo así el alto nivel de vida.

Sobre estas bases, se levanta un universo de administración en el que las depresiones son controladas y los conflictos estabilizados mediante los benéficos efectos de la creciente productividad y la amenazadora guerra nuclear. ¿Es esta estabilización "temporal" en el sentido de que no afecta las raíces de los conflictos que Marx encontró en el sistema capitalista de producción (la contradicción entre la propiedad privada de los medios de producción y la productividad social), o es una transformación de la propia estructura antagónica, que resuelve las contradicciones haciéndolas tolerables? Y, si la segunda posibilidad es verdadera, ¿cómo cambia la relación entre capitalismo

y socialismo, que hizo aparecer al segundo como la negación histórica del primero?

LA CONTENCIÓN DEL CAMBIO SOCIAL

La teoría marxiana clásica ve la transición del capitalismo al socialismo como una revolución política: el proletariado destruye el aparato político del capitalismo pero conserva el aparato tecnológico sujetándolo a la socialización. Hay una continuidad en la revolución: la racionalidad tecnológica liberada de las restricciones y destrucciones irracionales, se sostiene y consume a sí misma en la nueva sociedad: Es interesante leer una declaración soviética marxista acerca de esta continuidad, que es de una importancia tan vital para la idea del socialismo como la negación determinante del capitalismo:¹

1) Aunque el desarrollo de la tecnología está sujeto a las leyes económicas de cada formación social, no termina, como otros factores económicos, con la cesación de las leyes de la formación. Cuando en el proceso de la revolución las viejas relaciones de producción son destruidas, la tecnología permanece y, subordinada a las leyes económicas de la nueva formación económica, sigue su desarrollo hacia adelante con cada vez mayor velocidad. 2) Contrariamente al desarrollo de las bases económicas en sociedades antagónicas, la tecnología no se desarrolla a saltos, sino mediante una acumulación gradual de elementos de una nueva cualidad, mientras los elementos con la antigua cualidad desaparecen. 3) [sin importancia en este contexto].

En el capitalismo avanzado, la racionalidad técnica se encierra, a pesar de su uso irracional, en el aparato productivo. Esto se aplica no sólo a las instalaciones mecanizadas, las herramientas y la explotación de los recursos, sino también a la forma de trabajo como

¹ A. Zworikine, "The History of Technology as a Science and as a Branch of Learning; a Soviet view", *Technology and Culture*. (Detroit: Wayne State University Press, invierno de 1961), p. 2.

adaptación y manejo del proceso de la maquinaria, tal como ha sido arreglado por la "administración científica". Ni la nacionalización ni la socialización alteran *por sí mismas* este tratamiento físico de la racionalización tecnológica; al contrario, la última permanece como una precondition para el desarrollo socialista de todas las fuerzas productivas.

Marx sostuvo, desde luego, que la organización y dirección del aparato productivo por los "productores inmediatos" introduciría un cambio *cualitativo* en la continuidad técnica: esto es, encaminaría la producción hacia la satisfacción de necesidades individuales que se desarrollarían libremente. Sin embargo, hasta el grado en que el aparato técnico establecido abarca la existencia pública y privada en todas las esferas de la sociedad —es decir, llega a ser el medio de control y cohesión en un universo político que incorpora a las clases trabajadoras—, el cambio cualitativo envolverá en ese grado un cambio en la *estructura tecnológica misma* y tal cambio *presupondrá* que las clases trabajadoras están enajenadas de este universo en su misma existencia, que su conciencia es la de la total imposibilidad de seguir existiendo en este universo, así que la necesidad de un cambio cualitativo es un asunto de vida o muerte. Así, la negación existe *antes* que el cambio mismo, la idea de que las fuerzas históricas liberadoras se desarrollan *dentro* de la sociedad establecida es un punto clave de la teoría marxiana.²

Pero es precisamente esta nueva conciencia, este "espacio dentro", el espacio de la práctica histórica trascendente, el que está siendo anulado por una sociedad en la que los sujetos tanto como los objetos constituyen instrumentos en una totalidad que tiene su *raison d'être* en el logro de su todopoderosa productividad. Su promesa suprema es una vida cada vez más confortable para un número cada vez mayor de gentes que, en sentido estricto, no pueden imaginarse un universo del razonamiento y la acción cualitativamente diferente, porque la capacidad para así-

² Ver p. 63.

milar y manipular los esfuerzos y la imaginación subversivos es una parte integral de la sociedad dada. Aquellos cuya vida es el infierno de la sociedad opulenta son mantenidos a raya por una brutalidad que revive las prácticas medievales y modernas. La sociedad se ocupa de la necesidad de liberación de la otra gente menos privilegiada satisfaciendo las necesidades que hacen la servidumbre agradable y quizá incluso imperceptible, y logra esto dentro del proceso de producción mismo. Bajo su impacto, las clases trabajadoras en las zonas avanzadas de la civilización industrial están pasando por una transformación decisiva, que ha llegado a ser el sujeto de una vasta investigación sociológica. Enumeraré los principales factores de esa transformación:

1) La mecanización está reduciendo cada vez más la cantidad e intensidad de energía física gastada en el trabajo. Esta evolución es de gran importancia en el concepto marxiano del trabajador (proletario). Para Marx el proletario es antes que nada el trabajador manual que gasta y agota su energía física en el proceso de trabajo, incluso si trabaja con máquinas. La adquisición y empleo de esta energía física, bajo condiciones subhumanas, para la apropiación privada del valor sobrante transmitía los provocadores aspectos inhumanos de la explotación; la idea marxiana denuncia el dolor físico y la miseria del trabajo. Éste es el elemento material tangible para atacar la esclavitud y la enajenación: la dimensión fisiológica y biológica del capitalismo clásico.

Durante los siglos pasados, una causa importante de enajenación residía en el hecho de que el ser humano prestaba su individualidad biológica a la organización técnica: era el manipulador de las herramientas; los conjuntos técnicos sólo podían constituirse incorporando al hombre como manipulador de herramientas. El carácter deformador de la profesión era a la vez psíquico y somático.³

Ahora la cada vez más completa mecanización del trabajo en el capitalismo avanzado, al tiempo que

³ Gilbert Simondon, *Du Mode d'existence des objets techniques* (Paris: Aubier, 1958), p. 103, nota.

sostiene la explotación, modifica la actitud y el nivel de los explotados. Dentro de la organización tecnológica, el trabajo mecanizado en el que reacciones automáticas y semiautomáticas llenan la mayor parte (si no la totalidad) del tiempo de trabajo sigue siendo, como una ocupación de toda la vida, agotadora, atontadora esclavitud inhumana —más agotadora aún debido al mayor control de velocidad de los operadores de las máquinas (más bien que del producto) y al aislamiento de los trabajadores entre sí.⁴ Desde luego, esta ingrata forma de trabajo es expresión de la automatización *detenida, parcial*, de la coexistencia de secciones automatizadas, semiautomatizadas y no automatizadas dentro de la misma instalación; pero incluso bajo estas condiciones "la tecnología ha sustituido la fatiga muscular por la tensión y/o el esfuerzo mental".⁵

En las fábricas más automatizadas se subraya la transformación de la energía física en habilidad técnica y mental:

...habilidades de la cabeza más bien que de la mano, del lógico más que del artesano; del nervio más que del músculo; del técnico más que del trabajador manual; del encargado del mantenimiento más que del operador.⁶

Esta forma de esclavitud dominante no es diferente de la del mecanógrafo, el empleado de banco, el presionado vendedor o vendedora y el anunciador de televisión. La nivelación y la rutina asimilan los empleos productivos y no productivos. El proletariado de las etapas anteriores del capitalismo era en verdad la bestia de carga, que proporcionaba con el trabajo de su cuerpo las necesidades y lujos de la vida mientras vivía en la suciedad y en la pobreza. De este modo era la negación viviente de su sociedad.⁷ En

⁴ Ver Charles Denby, "Workers Battle Automation" (*News and Letters*, Detroit, 1960).

⁵ Charles R. Walker, *Toward the Automatic Factory* (New Haven: Yale University Press, 1957), p. XIX.

⁶ *Ibid.*, p. 195.

⁷ Se debe insistir en la relación interna entre los conceptos marxianos de explotación y de empobrecimiento a pesar

contraste, el trabajador organizado en las zonas avanzadas de la sociedad tecnológica vive esta negación menos conspicuamente y, como los demás objetos humanos de la división social del trabajo, está siendo incorporado a la comunidad tecnológica de la población administrada. Más aún, en las áreas más adelantadas de automatización, una especie de comunidad tecnológica parece integrar a los átomos humanos que trabajan. La máquina parece dar un ritmo adorneedor a sus operadores:

Se está generalmente de acuerdo en que los movimientos interdependientes realizados por un grupo de personas que siguen un sistema rítmico producen satisfacción —independientemente de lo que se está logrando mediante los movimientos;⁸

y el observador sociológico cree que ésta es una razón para el desarrollo gradual de un "clima general" más "favorable tanto a la producción como a ciertas importantes clases de satisfacción humana". Habla del "crecimiento de un fuerte sentimiento de unidad de grupo en cada equipo" y cita a un trabajador que dice: "Estamos dentro del ritmo de las cosas de punta a punta..."⁹ Esta frase expresa admirablemente el cambio en la esclavitud mecanizada: antes que oprimir, las cosas tienen ritmo, y transmiten su ritmo al instrumento humano —no sólo a su cuerpo sino también a su mente e incluso a su alma. Un comentario de Sartre elucida la profundidad del proceso:

En los primeros tiempos de las máquinas semiautomáticas, las encuestas mostraron que las obreras especializadas se permitían, al trabajar, dejarse ir en un ensueño de orden sexual, recordaban la alcoba, la

de las redefiniciones posteriores, en la que el empobrecimiento llega a ser un aspecto cultural o está tan relacionado con él que puede aplicarse también al hogar suburbano con automóvil, televisión, etc. "Empobrecimiento" connota la absoluta necesidad de subvertir condiciones de vida intolerables, y tal necesidad absoluta aparece al principio de toda revolución contra las instituciones sociales básicas.

⁸ Charles R. Walker, *loc. cit.*, p. 104.

⁹ *Ibid.*, pp. 104 s.

cama, la noche, todo lo que se refiere a la persona en la soledad de la pareja cerrada sobre sí misma. Pero era la máquina en ellas la que soñaba con caricias...¹⁰

El proceso de la máquina en el universo tecnológico rompe la zona privada más interior de la libertad y une la sexualidad y el trabajo en un solo automatismo inconsciente y rítmico —un proceso que es paralelo a la asimilación de los empleos.

2) La tendencia hacia la asimilación se muestra en la estratificación ocupacional. En los establecimientos industriales clave, la fuerza del obrero declina en relación con la del empleado; el número de trabajadores separados de la producción aumenta.¹¹ Este cambio cuantitativo lleva de regreso a un cambio en el carácter de los instrumentos básicos de la producción.¹² En la etapa avanzada de mecanización, como parte de la realidad tecnológica, la máquina no es

una unidad absoluta, sino solamente una realidad técnica individualizada, abierta en dos direcciones: la de la relación con los elementos y la de las relaciones interindividuales en el aparato técnico.¹³

En el grado en el que la máquina llega a ser en sí misma un sistema de instrumentos y relaciones mecánicas y así se extiende mucho más allá del proceso individual de trabajo, afirma su mayor dominio reduciendo la "autonomía profesional" del trabajador e integrándolo con otras profesiones que sufren y dirigen el aparato técnico. Sin duda, la antigua autonomía "profesional" del trabajador era más bien su esclavitud profesional. Pero esta forma *específica* de esclavitud

¹⁰ Jean-Paul Sartre, *Critique de la raison dialectique*, tomo 1, (París: Gallimard, 1960), p. 290.

¹¹ *Automation and Major Technological Change: Impact on Union Size, Structure, and Function*. (Industrial Union Dept. AFL-CIO, Washington, 1958), pp. 5 ss. Solomon Barkin, *The Decline of the Labor Movement* (Santa Barbara, Center for the Study of Democratic Institutions, 1961), pp. 10 ss.

¹² Ver p. 45.

¹³ Gilbert Simondon, *loc. cit.*, p. 146.

vitudo era al mismo tiempo la fuente de su específico poder profesional de negación: el poder de detener un proceso que amenazaba con aniquilarlo como ser humano. Ahora el trabajador está perdiendo la autonomía profesional que lo hizo miembro de una clase separada de los demás grupos ocupacionales porque encarnaba la refutación de la sociedad establecida.

El cambio tecnológico que tiende a acabar con la máquina como un instrumento de producción *individual*, como una "unidad absoluta", parece cancelar la idea marxiana de la "composición orgánica del capital" y con ella la creación de plusvalía. De acuerdo con Marx, la máquina nunca crea valores, sino que solamente transfiere su propio valor al producto, mientras el valor sobrante permanece como el resultado de la explotación del trabajo viviente. La máquina es la representación del poder humano de trabajo y a través de ella, el trabajo pasado (el trabajo muerto) se preserva a sí mismo y determina el trabajo viviente. Ahora la automatización parece alterar cualitativamente la relación entre el trabajo muerto y el vivo; tiende hacia el punto en el que la productividad es determinada "por las máquinas y no por la producción individual".¹⁴ Más aún, la misma medida de producción individual llega a ser imposible:

La automatización en su sentido más amplio significa, en efecto, el fin de la medida de trabajo... Con la automatización, no se puede medir la producción de un solo hombre; ahora se tiene que medir simplemente la utilización del equipo. Si esto se generaliza como una clase de concepto... Ya no hay, por ejemplo, ninguna razón para pagarle a un hombre por pieza o pagarle por hora, esto es, ya no hay ninguna razón para conservar el "sistema de pago dual" de salarios y cuotas.¹⁵

Daniel Bell, el autor de este estudio, va más allá; liga este cambio tecnológico al sistema histórico de industrialización: el significado de

¹⁴ Serge Mallet, en *Arguments*, núms. 12-13. París, 1958, p. 18.

¹⁵ *Automation and Major Technological Change*, loc. cit., p. 8.

la industrialización no es un producto de la introducción de fábricas, "surgió a partir de la *medida de trabajo*. Sólo cuando un trabajo puede ser medido, se puede atar a un hombre a su trabajo, se puede ejercer una presión sobre él, y medir su producción en términos de una sola pieza y pagarle por la pieza o por la hora, se llega a la industrialización moderna".¹⁶

Lo que está en juego en estos cambios tecnológicos es mucho más que un sistema de pago, que la relación del trabajador con otras clases, que la organización del trabajo. Lo que está en juego es la compatibilidad del progreso técnico con las instituciones en las que se desarrolló la industrialización.

3) Estos cambios en el carácter del trabajo y los instrumentos de producción modifican la actitud y la conciencia del trabajador, que se hace manifiesta en la ampliamente discutida "integración social y cultural" de la clase trabajadora con la sociedad capitalista. ¿Es éste un cambio sólo en la conciencia? La respuesta afirmativa, dada frecuentemente por los marxistas, parece extrañamente inconsistente. ¿Se puede entender un cambio tan fundamental en la conciencia sin asumir un cambio correspondiente en la "existencia social"? Incluso concediendo un alto grado de independencia ideológica, las ligas que unen este cambio con la transformación del proceso productivo se oponen a esta interpretación. La asimilación en las necesidades y aspiraciones, en el nivel de vida, en las actividades de diversión, en la política, deriva de una integración *en la fábrica* misma, en el proceso material de producción. Desde luego es muy dudoso que uno pueda hablar de "integración voluntaria" (Serge Mallet) en términos que no sean irónicos. En la situación actual, los aspectos negativos de la automatización predominan: aumento de la velocidad, falta de empleo tecnológico, fortalecimiento de la posición administrativa, mayor impotencia y resignación por parte de los trabajadores. Las posibilidades de adelanto declinan conforme la administración prefiere ingenieros y estudiantes graduados.¹⁷

¹⁶ *Ibid.*

¹⁷ Charles R. Walker, loc. cit., pp. 97 ss. Ver también Ely

Sin embargo, hay otras tendencias. La misma organización tecnológica que trata de establecer una comunidad mecánica en el trabajo genera también una mayor interdependencia que¹⁸ integra al trabajador con la instalación. Se advierte "disposición" por parte de los trabajadores "por compartir la solución de los problemas de la producción", un "deseo de unirse activamente aplicando sus propios cerebros a los problemas técnicos y de la producción que están claramente de acuerdo con la tecnología".¹⁹ En algunos de los establecimientos más avanzados técnicamente, los trabajadores muestran incluso un claro interés en el establecimiento —un efecto frecuentemente observado de la "participación" de los trabajadores en la empresa capitalista—. Una provocativa descripción, referente a las altamente americanizadas refinerías Caltex en Ambès, Francia, puede servir para caracterizar esta tendencia. Los trabajadores de la instalación son conscientes de los lazos que los ligan a la empresa:

Lazos profesionales, lazos oficiales, lazos materiales: el oficio adquirido en la refinería, el hábito de las relaciones de producción que allí se han establecido, las múltiples ventajas sociales que, en caso de muerte repentina, enfermedad grave, incapacidad para el trabajo, en fin, de vejez, le son aseguradas por su pertenencia a la firma, prolongando más allá del período productivo de sus vidas la seguridad del mañana. Así, la noción de este contrato viviente e indestructible con la "Caltex" les lleva a preocuparse, con una atención y una lucidez inesperada, de la gestión financiera de la empresa. Los delegados a los comités de empresa examinan la contabilidad de la sociedad con el celoso cuidado que le prestarían los más concienzudos accionistas. La dirección de la Caltex puede ciertamente frotarse las manos cuando los sindicatos aceptan marginar sus reivindicaciones de salarios ante las ne-

Chinoy, *Automobile Workers and the American Dream* (Garden City, Doubleday, 1955), *passim*.

¹⁸ Floyd C. Mann y L. Richard Hoffman, *Automation and the Worker. A Study of Social Change in Power Plants* (Nueva York, Henry Holt: 1960), p. 189.

¹⁹ Charles R. Walker, *loc. cit.*, pp. 213 s.

cesidades de nuevas inversiones. Pero comienza a manifestar las más "legítimas" inquietudes cuando, tomando en serio los falsos balances de la filial francesa, los delegados se inquietan por los negocios "desventajosos" realizados por estas filiales y llevan su audacia hasta a discutir los márgenes de recuperación y a sugerir medidas económicas.²⁰

4) El nuevo mundo de trabajo tecnológico refuerza así un debilitamiento de la posición negativa de la clase trabajadora: ésta ya no parece ser la contradicción viviente para la sociedad establecida. Esta tendencia se fortalece por el efecto de la organización tecnológica de la producción al otro lado de la barrera: en la gerencia y la dirección. La dominación se transforma en administración.²¹ Los jefes capitalistas y los propietarios están perdiendo su identidad como agentes responsables; están asumiendo la función de burócratas en una máquina corporativa. Dentro de la vasta jerarquía de juntas ejecutivas y administrativas que se extienden mucho más allá de la posición individual hasta el laboratorio científico del instituto de investigaciones, el gobierno nacional y el

²⁰ Cerge Mallet, "Le Salaire de la Technique", en: *La Nef*, n.º 25, Paris, 1959, p. 40. Respecto a la tendencia integradora en los Estados Unidos tenemos aquí una sorprendente declaración de un líder sindical de la United Automobile Workers: "Muchas veces, nos reunimos en la sala del sindicato y hablamos de las quejas que los trabajadores presentan y de lo que podemos hacer con ellas. Pero en cuanto arreglamos una reunión con la administración para el día siguiente, el problema ha sido resuelto ya y el sindicato no tiene crédito por haber resuelto la queja. Esto se está convirtiendo en una batalla de lealtades... La empresa le da a los trabajadores todas las cosas por las que peleamos. Lo que tenemos que encontrar es otras cosas que los trabajadores quieran y que el patrón no esté dispuesto a darles... Estamos buscando. Estamos buscando." *Labor Looks at Labor. A Conversation* (Santa Barbara: Center for the Study of Democratic Institutions, 1963), pp. 16 s.

²¹ ¿Es necesario todavía denunciar la ideología de la "revolución administrativa"? La producción capitalista procede mediante la inversión de capital privado para la extracción privada y apropiación de los valores sobrantes, y el capital es un instrumento social para la dominación del hombre por el hombre. Los aspectos esenciales de este proceso no se alteran por el esparcimiento de las acciones, la separación entre el propietario y la administración, etc.

propósito nacional, la fuente tangible de explotación desaparece detrás de la fachada de racionalidad objetiva. El odio y la frustración son despojados de su propósito específico, y los velos tecnológicos ocultan la reproducción de la ausencia de igualdad y la esclavitud.²² Con el progreso técnico como su instrumento, la falta de libertad —en el sentido de la sujeción del hombre a su aparato productivo— se perpetúa e intensifica bajo la forma de muchas libertades y comodidades. El aspecto nuevo es la abrumadora racionalidad de esta empresa irracional, y la profundidad de las precondiciones que configuran los impulsos instintivos y aspiraciones de los individuos y oscurecen la diferencia entre conciencia falsa y verdadera. Porque en realidad, ni la utilización de controles administrativos más que físicos (el hambre, la dependencia personal, la fuerza), ni el cambio de carácter en el trabajo pesado, ni la asimilación de las clases ocupacionales, ni el equilibrio en la esfera de consumo, se compensan por el hecho de que las decisiones sobre la vida y la muerte, sobre la seguridad personal y nacional son hechas en lugares sobre los que el individuo no tiene control. Los esclavos de la sociedad industrial desarrollada son esclavos sublimados, pero son esclavos, porque la esclavitud está determinada

no por la obediencia, ni por la rudeza del trabajo, sino por el *status* de instrumento y la reducción del hombre al estado de cosa.²³

(Esta es la forma más pura de servidumbre: existir como instrumento, como cosa. Y esta forma de existencia no se anula si la cosa es animada y elige su alimento material e intelectual, si no siente su "ser cosa", si es una cosa bonita, limpia, movable. A la inversa, conforme la reificación tiende a hacerse totalitaria gracias a su forma tecnológica, los mismos organizadores y administradores se hacen cada vez más dependientes de la maquinaria que organizan y

²² Ver p. 31.

²³ François Perroux, *La Coexistence pacifique* (Paris, Presses Universitaires, 1958), vol. III, p. 600.

administran. Y esta dependencia mutua ya no es la relación dialéctica entre señor y siervo, que ha sido rota en la lucha por el reconocimiento mutuo, sino más bien un círculo vicioso que encierra tanto al señor como al esclavo. ¿Mandan los técnicos o su mando pertenece a otros, que descansan en ellos como sus planificadores y ejecutores?

...Las presiones de la altamente tecnológica carrera de armamentos de hoy han tomado la iniciativa y tienen el poder de tomar las decisiones cruciales de manos de los funcionarios responsables del gobierno y ponerlo en manos de técnicos, planificadores y científicos empleados por los vastos imperios industriales y cargados de responsabilidad por los intereses de sus patronos. Su trabajo es soñar con nuevos sistemas de armamentos y persuadir a los militares de que el futuro de su profesión militar, tanto como el del país, depende de comprar aquello en lo que ellos sueñan.²⁴

Así como las instituciones productivas dependen de los militares para asegurar su propia preservación y crecimiento, los militares dependen de las corporaciones "no sólo para obtener sus armas, sino también para saber qué clase de armas necesitan, cuánto costarán y cuánto tiempo llevará obtenerlas".²⁵ El círculo vicioso parece en verdad la imagen más apropiada de una sociedad que se autoexpande y autoperpetúa en su propia dirección preestablecida —guiada por las crecientes necesidades que genera y, al mismo tiempo, contiene.

PERSPECTIVAS DE CONTENCIÓN

¿Hay alguna posibilidad de que esta cadena de productividad y represión crecientes pueda ser rota? La respuesta requeriría un intento de proyectar los desarrollos contemporáneos hacia el futuro, asumiendo una evolución relativamente normal; esto es, haciendo

²⁴ Stewart Meacham, *Labor and The Cold War* (American Friends Service Committee, Philadelphia, 1959), p. 9.

²⁵ *Ibid.*

a un lado la muy real posibilidad de una guerra nuclear. En esta suposición, el enemigo seguiría siendo "permanente"; es decir, el comunismo seguiría coexistiendo con el capitalismo. Al mismo tiempo este último seguiría siendo capaz de mantener e incluso incrementar el nivel de vida para una parte de la población cada vez mayor —a pesar de y mediante la producción intensificada de los medios de destrucción y el despilfarro metódico de los recursos y facultades—. Esta capacidad se ha afirmado a pesar de y a través de dos Guerras Mundiales y la incommensurable regresión física e intelectual provocada por los sistemas fascistas.

La base material de esta capacidad seguirá encontrándose en

a) la creciente productividad del trabajo (progreso técnico);

b) el crecimiento de las tasas de natalidad en la población existente;

c) la permanente economía de defensa;

d) la integración económica y política de los países capitalistas y el fortalecimiento de sus relaciones con las zonas subdesarrolladas.

Pero el conflicto continuado entre las capacidades productivas de la sociedad y su utilización destructiva y opresiva requerirá esfuerzos intensificados para imponer las exigencias del aparato a la población —para librarse de la capacidad excesiva, crear la necesidad de comprar los bienes que pueden ser vendidos con ganancia y el deseo de trabajar para su producción y promoción—. Así el sistema tiende tanto hacia la administración total como a la dependencia total en la administración que dirigen organismos públicos y privados, fortaleciendo la armonía preestablecida entre los intereses del gran público y las empresas privadas y el de sus clientes y servidores. Ni la nacionalización parcial ni la extensión de la participación del trabajo en la administración y el beneficio podrán alterar por sí mismas este sistema de dominación —en tanto que el trabajo en sí mismo permanezca como una fuerza apuntalada y afirmativa.

Hay tendencias centrífugas, exteriores e interiores. Una de ellas es inherente al progreso técnico mismo: la *automatización*. Sugerí que la automatización que se extiende es algo más que un crecimiento cuantitativo de la mecanización: es un cambio en el carácter de las fuerzas productivas básicas.²⁶ Parece ser que la automatización llevada a los límites de su posibilidad técnica es incompatible con una sociedad basada en la explotación privada de la fuerza de trabajo humano en el proceso de producción. Casi un siglo antes de que la automatización llegara a ser una realidad, Marx vio sus posibilidades explosivas:

Conforme avanza la industria en gran escala, la creación de la riqueza real depende menos del tiempo de trabajo y la cantidad de trabajo invertida que del poder de los agentes puestos en acción durante el tiempo de trabajo. Estos agentes, y su todopoderosa efectividad, no están en proporción con el tiempo de trabajo inmediato que su producción requiere; su efectividad depende más bien del nivel científico y tecnológico de progreso alcanzado; en otras palabras, de la aplicación de esta ciencia a la producción... Entonces el trabajo humano ya no aparece como cerrado en el proceso de producción —más bien el hombre se relaciona con el proceso de producción como supervisor y regulador... Permanece fuera del proceso de producción en vez de ser el agente principal en el proceso de producción... En esta transformación el gran pilar de producción y riqueza ya no es el trabajo inmediato realizado por el hombre mismo, ni su tiempo de trabajo, sino la apropiación de su propia productividad (*Produktivkraft*) universal, esto es, su conocimiento y su dominio de la naturaleza a través de su existencia social; en una palabra, el desarrollo del individuo social (*des gesellschaftlichen Individuums*). El robo del tiempo de trabajo de otros hombres, en el que la riqueza [social] descansa hoy, aparece entonces como una base miserable comparada con la nueva base que la misma industria en larga escala ha creado. Tan pronto como el trabajo humano, en su forma inmedia-

²⁶ Ver p. 49.

ta, ha dejado de ser la gran fuente de riqueza, el tiempo de trabajo cesará, y por necesidad debe dejar de ser la medida de riqueza y el valor de cambio dejará de ser la medida del valor de uso. El *trabajo excedente de la masa* [de la población] ha dejado así de ser la condición para el desarrollo de la riqueza social (*des allgemeinen Reichtums*), y el ocio de los menos ha dejado de ser la condición para el desarrollo de las facultades universales intelectuales del hombre. El modo de producción que descansa en los valores de cambio se desploma así...²⁷

La automatización parece ser en realidad el gran catalizador de la sociedad industrial avanzada. Es un catalizador explosivo o no explosivo en la base material del cambio cualitativo, el instrumento técnico del paso de la cantidad a la calidad. Porque el proceso social de la automatización expresa la transformación, o más bien transubstanciación de la fuerza de trabajo, en el que ésta, separada del individuo, se hace un objeto productor independiente y, por tanto, un sujeto en sí mismo.

Cuando llegue a ser *el* proceso de producción material, la automatización revolucionará toda la sociedad. La cosificación humana de trabajo, llevada a la perfección, sacudirá la forma cosificada cortando la cadena que liga al individuo con la máquina: el mecanismo a través del cual su propio trabajo lo esclaviza. La completa automatización en el campo de la necesidad abrirá la dimensión del tiempo libre como aquel en el que la existencia privada y social del hombre se constituirá a sí misma. Ésta será la trascendencia histórica hacia una nueva civilización.

En el estadio actual del capitalismo avanzado, el trabajo organizado se opone directamente a la automatización sin la compensación en el empleo. Insiste en la utilización extensiva de la fuerza de trabajo humano en la producción material y así se opone al progreso técnico. Sin embargo, al hacer esto se opone también a la utilización más eficaz del capital; obstruye los esfuerzos intensificados para elevar la producti-

²⁷ Karl Marx, *Grundrisse der Kritik der politischen Oekonomie* (Berlín, Dietz Verlag, 1953), pp. 592 s. Ver también p. 596.

vidad del trabajo. En otras palabras, la detención continua de la automatización puede debilitar la posición competitiva nacional e internacional del capital, provocar una gran depresión y, consecuentemente, activar otra vez el conflicto de los intereses de clase.

Esta posibilidad se hace más realista conforme la lucha entre el capitalismo y el comunismo se desliza del campo militar al social y económico. Mediante el poder de la administración total, la automatización en el sistema soviético puede realizarse más rápidamente una vez que cierto nivel técnico se ha alcanzado. Esta amenaza a su posición internacional competitiva puede obligar al mundo occidental a acelerar la racionalización del proceso productivo. Tal racionalización encuentra una cerrada resistencia por parte del trabajo, pero es una resistencia que no está acompañada por la radicalización política. En los Estados Unidos al menos, los líderes del trabajo, en sus aspiraciones y medios, no van más allá del marco común de los intereses nacionales y de grupo, con los últimos sometidos o sujetos a los primeros. Estas fuerzas centrífugas todavía pueden ser manipuladas dentro de este marco.

También en este aspecto la declinante proporción de la fuerza de trabajo humano en el proceso productivo implica una disminución en el poder político de la oposición. En vista del creciente poder del elemento de los empleados de clase media en este proceso, la radicalización política tendrá que estar acompañada de la aparición de una conciencia y una acción política independiente entre esos mismos grupos de empleados; un desarrollo muy poco probable en la sociedad industrial avanzada. El impulso hacia adelante para organizar el creciente elemento de empleados de clase media en los sindicatos industriales,²⁸ si tiene éxito puede provocar un crecimiento de la conciencia sindical de estos grupos, pero difícilmente su radicalización política.

Políticamente, la presencia de más empleados de clase media en los sindicatos dará a los guías liberales y

²⁸ *Automation and Major Technological Change*, loc. cit., pp. 11 s.

del trabajo una oportunidad más veraz de identificar "los intereses de trabajo" con los de la comunidad como totalidad. La base de masas del trabajo como un grupo de presión se extenderá, y los portavoces del trabajo se verán inevitablemente envueltos en problemas de mucho mayor alcance acerca de la política económica nacional.²⁹

En esas circunstancias, las posibilidades de una contención dinámica de las tendencias centrífugas dependen esencialmente de la habilidad de los intereses envueltos para ajustarse a sí mismos y a su economía a los requerimientos del Estado de bienestar. Una inversión y dirección gubernamental cada vez más amplia, la planeación en una escala nacional e internacional, un vasto programa de ayuda exterior, una seguridad social total, obras públicas en gran escala, quizá incluso la nacionalización parcial pertenecen a estas exigencias.³⁰ Creo que los intereses dominantes aceptarán gradual y dubitativamente estas exigencias y confiarán sus prerrogativas a un poder más efectivo.

Volviéndose ahora hacia las perspectivas de contención de un cambio social en el otro sistema de civilización industrial, la sociedad soviética,³¹ la discusión se enfrenta desde el principio con una doble incompatibilidad: *a*) cronológicamente, la sociedad soviética se encuentra en un estado más bajo de industrialización, con amplios sectores todavía en el estado pretecnológico, y *b*) estructuralmente, sus instituciones económicas y políticas son esencialmente diferentes (nacionalización total y dictadura).

La interrelación entre esos dos aspectos agrava las

²⁹ C. Wright Mills, *White Collar* (Nueva York: Oxford University Press, 1956), pp. 319 s.

³⁰ En los países capitalistas menos desarrollados donde existen aún considerables segmentos del movimiento militante del trabajo (Francia, Italia), su fuerza es proyectada contra la de la acelerada racionalización tecnológica y política en su forma autoritaria. Las exigencias del conflicto internacional están dirigidas probablemente a fortalecer la última y provocar la adopción de una alianza con las tendencias predominantes en las áreas industriales más avanzadas.

³¹ Sobre este punto ver mi *Soviet Marxism* (Nueva York: Columbia University Press, 1958).

dificultades del análisis. El retraso histórico no sólo permite sino obliga a la industrialización soviética a proceder sin despilfarro u obsolescencia planeados, sin las restricciones sobre la productividad impuestas por los intereses del beneficio privado, y con satisfacción planeada de las necesidades vitales todavía no alcanzadas después, y quizá incluso simultáneamente, de las prioridades de las necesidades militares y políticas.

¿Es posible que desaparezca esta mayor racionalidad de la industrialización, que es el signo y la ventaja del retraso histórico, una vez que se alcance el nivel avanzado? ¿Es el mismo retraso histórico el que, por otra parte, refuerza —bajo las condiciones de la coexistencia competitiva con el capitalismo avanzado— el desarrollo y el control total de todos los recursos por un régimen dictatorial? Y, después de haber alcanzado la meta de "igualar y superar", ¿será capaz la sociedad soviética de liberalizar los controles totalitarios hasta el punto en el que pueda ocurrir un cambio cualitativo?

El argumento sobre el retraso histórico —de acuerdo con el que, bajo las condiciones prevalecientes de inmadurez material intelectual, la liberación debe ser necesariamente la obra de la fuerza y la administración— no sólo es el centro del marxismo soviético, sino también el de los teóricos de la "dictadura educacional" desde Platón hasta Rousseau. Ridiculizarla es fácil, pero refutarla es muy difícil, porque tiene el mérito de reconocer, sin mayor hipocresía, las condiciones (materiales e intelectuales) que sirven para impedir la propia determinación genuina e inteligente.

Más aún, el argumento desenmascara la ideología represiva de la libertad, de acuerdo con la cual la libertad humana puede florecer en una vida de esfuerzo, pobreza y estupidez. En realidad, la sociedad debe crear primero los requisitos materiales de la libertad para todos sus miembros antes de poder ser una sociedad libre; debe crear primero la riqueza antes de ser capaz de distribuirla de acuerdo con las necesidades libremente desarrolladas del individuo; debe permitir primero que los esclavos aprendan, vean y pien-

sen antes de saber lo que está pasando, y lo que pueden hacer para cambiarlo. Y en el grado en que los esclavos han sido precondicionados para existir como esclavos y estar contentos con ese papel, su liberación parece venir necesariamente de afuera y desde arriba. Ellos deben ser "obligados a ser libres" a "ver los objetos como son y algunas veces como deberían ser", se les debe enseñar el "buen camino" que están buscando.³²

Pero a pesar de todas estas verdades, el argumento no puede responder a una pregunta capital: ¿quién educa a los educadores y dónde está la prueba de que ellos poseen "el bien"? La pregunta no se invalida alegando que es igualmente aplicable a algunas formas democráticas de gobierno donde las decisiones sobre lo que es bueno para la nación son tomadas por los representantes elegidos (o más bien apoyadas por ellos) —elegidos bajo condiciones de indoctrinación efectiva y libremente aceptada—. Sin embargo, la única excusa posible (¡que es bastante débil!) para la "dictadura educacional" es que el terrible riesgo que supone puede no ser más terrible que el riesgo que tanto las sociedades liberales como las autoritarias están corriendo ahora, ni el costo puede ser mucho más alto.

Sin embargo, la lógica dialéctica insiste, contra el lenguaje de los hechos brutales y la ideología, en que los esclavos deben ser *libres para* su liberación antes de que puedan ser libres, y que el fin debe ser operativo en los medios para alcanzarlo. La proposición de Marx en el sentido de que la liberación de la clase trabajadora debe ser producto de la acción de la misma clase trabajadora, establece este *a priori*. El socialismo debe hacerse realidad con el primer acto de la revolución porque debe estar ya en la conciencia y en la acción de aquellos que llevaron a cabo la revolución.

Es verdad que hay una "primera fase" de la construcción socialista durante la cual la nueva sociedad está "marcada todavía con las señales de nacimiento

³² Rousseau, *El contrato social*, Libro I, cap. vii; Libro II, cap. vi. Ver p. 28.

de la antigua sociedad de cuyo vientre emerge".³³ Pero el cambio cualitativo de la vieja a la nueva sociedad ocurre cuando esta fase empieza. De acuerdo con Marx la "segunda fase" está constituida literalmente en la primera fase. La nueva forma cualitativa de vida generada por la nueva forma de producción aparece en la revolución socialista, que es el fin y está al final del sistema capitalista. La construcción socialista empieza con la primera fase de la revolución.

Del mismo modo, la transición desde el "a cada uno de acuerdo con su trabajo" al "a cada uno de acuerdo con sus necesidades" es determinada por la primera fase —no sólo por la creación de la base tecnológica y material, sino también (¡y esto es decisivo!) por el modo en que es creada. El control del proceso productivo por los "productores inmediatos" debe iniciar supuestamente el desarrollo que distingue la historia de los hombres libres de la prehistoria del hombre. Esta es una sociedad en que los antiguos objetos de productividad llegan a ser primero los individuos humanos que planean y usan los instrumentos de su trabajo para la realización de sus propias necesidades y facultades humanas. Por primera vez en la historia, los hombres actuarían libre y colectivamente bajo y contra la necesidad que limita su libertad y su humanidad. Por tanto, toda represión impuesta por la necesidad sería verdaderamente una necesidad autoimpuesta. En contraste con esta concepción, el desarrollo real en la sociedad comunista de hoy pospone (o es obligado a posponer por la situación internacional) el cambio cualitativo a la segunda fase, y la transición del capitalismo al socialismo aparece todavía, a pesar de la revolución, como un cambio cuantitativo. La esclavitud del hombre por los instrumentos de su trabajo permanece en una forma altamente racionalizada, muy eficaz y prometedora.

La situación de la coexistencia hostil puede explicar los aspectos terroríficos de la industrialización estali-

³³ Marx, "Critique of the Gotha Programme", en Marx y

nista, pero también pone en movimiento las fuerzas que tienden a perpetuar el progreso técnico como el instrumento de la dominación; los medios prejuzgan el fin. Asumiendo nuevamente que ninguna situación de guerra nuclear u otra catástrofe corten su desarrollo, el progreso técnico provocaría un continuo elevamiento del nivel de vida y una continua liberación de los controles. La economía nacionalizada puede explotar la productividad del trabajo y el capital sin resistencia estructural³⁴ al mismo tiempo que reduce considerablemente las horas de trabajo y aumenta las comodidades en la vida. Y puede realizar todo esto sin abandonar el dominio de la administración total sobre la gente. No hay ninguna razón para asumir que el progreso técnico más la nacionalización provocaría la liberación "automática" de las fuerzas negativas. Al contrario, la contradicción entre las fuerzas productivas crecientes y su organización esclavizadora —abiertamente admitida como un aspecto del desarrollo socialista soviético incluso por Stalin—³⁵ debe probablemente suavizarlas antes que agravarlas. Mientras más capaces sean los gobernantes de repartir los bienes de consumo, más firmemente estará ligada la población a las diversas burocracias gobernantes.

Pero mientras estas perspectivas para la contención del cambio cualitativo en el sistema soviético parecen ser paralelas a las existentes en la sociedad capitalista avanzada, la base socialista de la producción introduce una diferencia decisiva. En el sistema soviético la organización del proceso productivo separa sin duda a los "productores inmediatos" (los obreros) del control sobre los medios de producción, y establece así distinciones de clase en la misma base del sistema. Esta separación fue establecida por una decisión política y de poder después del breve "periodo heroico" de la revolución bolchevique, y ha sido perpetuada

Engels, *Selected Works* (Moscú: Foreign Languages Publ. House, 1958). Vol. II, p. 23.

³⁴ Acerca de la diferencia entre resistencia construida y manejable ver mi *Soviet Marxism*, *loc. cit.*, pp. 109 ss.

³⁵ "Economic Problems of Socialism in the U.S.S.R. (1952), en Leo Grulicow ed. *Current Soviet Policies* (Nueva York: F. A. Praeger, 1953), pp. 5, 11, 14.

desde entonces. Y sin embargo, no es el motor del proceso productivo mismo; no está integrada dentro de este proceso como lo está la división entre capital y trabajo, derivada de la propiedad privada de los medios de producción. Consecuentemente, los estratos dominantes son en sí mismos separables del proceso productivo; esto es, son reemplazables sin hacer explotar las instituciones básicas de la sociedad.

Esta es la media verdad en la tesis soviético-marxista de que las contradicciones prevaletentes entre las "relaciones de producción desfasadas y el carácter de las fuerzas productivas" puede ser resuelta sin explosión, y que la "conformidad" entre los dos factores puede ocurrir mediante un "cambio gradual".³⁶ La otra mitad de la verdad es que el cambio cuantitativo tendría que transformarse todavía en un cambio cualitativo, en la desaparición del Estado, del Partido, del Plan, etc., como poderes independientes sobreimpuestos al individuo. En la medida en que este cambio dejara la base material de la sociedad (el proceso productivo nacionalizado) intacta, sería confinado a una revolución política. Si pudiera conducir a la autodeterminación en la misma base de la existencia humana, esto es, en la dimensión del trabajo necesario, sería la más radical y más completa revolución en la historia. La distribución de las necesidades de la vida independientemente del trabajo realizado, la reducción del tiempo de trabajo a un mínimo, la educación universal amplificada hacia la intercambiabilidad de las funciones, son las precondiciones, pero no los contenidos de la autodeterminación. Aunque la creación de estas precondiciones puede ser todavía el producto de una administración superimpuesta, su establecimiento significaría el fin de esta administración. Desde luego, una sociedad industrial madura y libre seguiría dependiendo de una división del trabajo que implica la desigualdad de funciones. Esta desigualdad es requerida por las necesidades sociales genuinas, las exigencias técnicas y las diferencias físicas y mentales entre los individuos. Sin embargo, las funciones ejecutivas y de supervisión ya no traerían

³⁶ *Ibid.*, pp. 14 s.

consigo el privilegio de gobernar la vida de otros según un interés particular. La transición a tal estado es un proceso revolucionario antes que evolutivo, incluso en la constitución de una economía totalmente nacionalizada y planificada.

¿Puede uno asumir que el sistema comunista, en sus formas establecidas, desarrollará (o más bien se verá obligado a desarrollar en virtud de la pugna internacional) las condiciones que harán posible tal transición? Hay fuertes argumentos contra estas suposiciones. Uno de ellos subraya la poderosa resistencia que ofrecería la atrincherada burocracia; una resistencia que halla su *raison d'être* precisamente en los mismos fundamentos que provocan el impulso para crear las precondiciones para la liberación, esto es, la competencia de vida o muerte con el mundo capitalista.

Cabe renunciar a la noción de una "voluntad de poder" innata a la naturaleza humana. Éste es un concepto psicológico altamente dudoso y totalmente inadecuado para el análisis del desarrollo social. La pregunta no es si las burocracias comunistas "abandonarán" su posición privilegiada una vez que el nivel de cambio cualitativo posible sea alcanzado, sino si serán capaces de evitar que se alcance este nivel. Para hacer esto, tendrán que detener el crecimiento material e intelectual en un punto en el que la dominación sea todavía racional y beneficiable, en el que la población pueda ser atada todavía a su empleo y al interés del estado u otras instituciones establecidas. De nuevo, el factor decisivo aquí parece ser la situación global de coexistencia, que desde hace mucho ha llegado a ser un factor en la situación *interna* de las dos sociedades opuestas. La necesidad de una utilización total del progreso técnico y de la supervivencia gracias a un nivel de vida superior puede resultar más fuerte que la resistencia de las burocracias establecidas.

Me gustaría agregar algunos comentarios acerca de la repetida opinión de que el nuevo desarrollo de los

países atrasados puede no sólo alterar las perspectivas de los países industrialmente avanzados, sino también constituir una "tercera fuerza" capaz de crecer hasta convertirse en un poder relativamente independiente. Dentro de los términos de la discusión anterior: ¿hay alguna evidencia de que las antiguas áreas coloniales o semicolonias puedan adoptar una forma de industrialización diferente de la del capitalismo y del comunismo de hoy? ¿Hay algo en la tradición y la cultura indígena de estas áreas que pueda indicar tal alternativa? Limitaré mis comentarios a los países atrasados que están ya en proceso de industrialización, esto es, aquellos en los que la industrialización coexiste con una cultura pre y antiindustrial que no ha sido rota todavía (India, Egipto).

Estos países entran al proceso de industrialización con una población no formada en los valores de la productividad que se hace avanzar a sí misma, de la eficacia y de la racionalidad tecnológica. En otras palabras, con una vasta mayoría de población que no ha sido transformada todavía en una fuerza de trabajo separada de los medios de producción. ¿Favorecen estas condiciones una nueva confluencia de la industrialización y la liberación; una forma esencialmente diferente de industrialización que construirá el aparato productivo no sólo de acuerdo con las necesidades vitales de la población yacente, sino también dentro del propósito de pacificar la lucha por la existencia?

La industrialización en estas áreas retrasadas no tiene lugar en un vacío. Ocurre dentro de una situación histórica en la que el capital social requerido para la acumulación primaria debe ser obtenido principalmente desde afuera, del bloque capitalista o el comunista; o de ambos. Más aún, existe una extendida suposición en el sentido de que permanecer independiente requerirá una *rápida* industrialización y alcanzar un nivel de productividad que asegure, al menos, una relativa autonomía en la competencia con los dos gigantes.

En estas circunstancias la transformación de sociedades subdesarrolladas en industriales debe descartar

tan rápidamente como sea posible las formas pretecnológicas. Esto es especialmente cierto en los países donde incluso las necesidades más vitales de la población están lejos de ser satisfechas, donde el terrible nivel de vida pide antes que nada cantidades *en masse* y una producción y una distribución masivas mecanizadas y generalizadas. Y en estos mismos países, el peso muerto de costumbres y condiciones pretecnológicas e incluso pre-"burguesas" ofrecen una fuerte resistencia a tal desarrollo superimpuesto. El proceso de la máquina (como proceso social) requiere la obediencia a un sistema de poderes anónimos; la total secularización y destrucción de valores e instituciones cuya desantificación apenas ha empezado. ¿Puede uno asumir razonablemente que, bajo el impacto de los dos grandes sistemas de administración tecnológica total, la disolución de esta resistencia procederá mediante formas liberales y democráticas? ¿Que los países subdesarrollados pueden dar el salto histórico desde la sociedad pretecnológica hasta la *post*-tecnológica en la que el aparato tecnológico dominado proporcione las bases para una genuina democracia? Al contrario, más bien parece ser que el desarrollo superimpuesto de estos países traerá consigo un periodo de administración total más violento y más rígido que aquel recorrido por las sociedades avanzadas que pueden contar con las realizaciones de la era liberal. Resumiendo: es muy probable que las áreas retrasadas sucumban ya sea a una de las diversas formas de neocolonialismo o a un sistema más o menos terrorista de acumulación primaria.

Sin embargo, otra alternativa parece posible.³⁷ Si la industrialización y la introducción de la tecnología encuentran una fuerte resistencia por parte de las formas de vida y trabajo indígenas y tradicionales —una resistencia que no es abandonada incluso ante la muy tangible perspectiva de una vida mejor y más fácil—, ¿puede llegar a ser esta misma tradición pretecnológica la fuente del progreso y la industrialización?

³⁷ Con respecto a lo siguiente ver los magníficos libros de René Dumont, especialmente *Terres vivantes* (París: Plon, 1961).

Tal progreso natural demandaría una política planeada que, en vez de sobreimponer la tecnología a las formas tradicionales de vida y trabajo, la extendiera y mejorara en sus propios términos, eliminando las fuerzas (materiales y religiosas) opresivas y explotadoras que las hicieron incapaces de asegurar el desarrollo de una existencia humana. La revolución social, la reforma agraria y la reducción de la sobrepoblación serían los prerrequisitos, y no la industrialización sobre el modelo de las sociedades avanzadas. El progreso autónomo parece posible en realidad en las áreas donde los recursos naturales, de ser liberados de la usurpación supresiva, son todavía suficientes no sólo para la subsistencia sino también para proporcionar una vida humana. Y donde no lo son, ¿no pueden ser hechos suficientes mediante la ayuda gradual y fragmentaria de la tecnología dentro del marco de las formas tradicionales?

Si éste es el caso, prevalecerán condiciones que no existen (y que nunca han existido) en las antiguas y avanzadas sociedades industriales, esto es, los mismos "productores inmediatos" tendrán la oportunidad de crear, mediante su propio trabajo y su ocio, su propio progreso y determinar su grado y dirección. La autodeterminación procedería de la base, y el trabajo para satisfacer las necesidades podría trascender hacia el trabajo por la gratificación.

Pero incluso dentro de estas suposiciones abstractas, los límites brutales de la autodeterminación deben ser reconocidos. La revolución inicial que, aboliendo la explotación mental y material, estableciera los requisitos para el nuevo desarrollo, es difícilmente concebible como una acción espontánea. Más aún, el progreso natural presupondría un cambio de la política de los dos grandes bloques de poder industrial que configuran actualmente al mundo: el abandono del neocolonialismo en todas sus formas. En el momento actual, no hay ninguna indicación de tal cambio.

Resumiendo: las perspectivas de contención de un cambio, ofrecidas por la política de la racionalidad tecnológica, dependen de las perspectivas del Estado con economía de bienestar. Tal Estado parece capaz de elevar los niveles de la vida *administrada*, una capacidad inherente a todas las sociedades industriales avanzadas donde el aparato técnico dinámico —establecido como poder separado que actúa sobre y por encima de los individuos— depende para su funcionamiento del desarrollo y la expansión intensificada de la productividad. Bajo tales condiciones, la decadencia de la libertad y la oposición no es un asunto de deterioración o corrupción moral o intelectual. Es más bien un proceso social objetivo en la medida en que la producción y distribución de una cantidad cada vez mayor de bienes y servicios hace de la sumisión una actitud tecnológica racional.

Sin embargo, a pesar de toda su racionalidad, el Estado de bienestar es un Estado sin libertad porque su administración total es una sistemática restricción de a) el tiempo libre "técnicamente" disponible;⁸⁸ b) la cantidad y calidad de los bienes y servicios "técnicamente" disponibles para las necesidades vitales individuales; c) la inteligencia (consciente e inconsciente) capaz de aprehender y realizar las posibilidades de la autodeterminación.

La reciente sociedad industrial ha aumentado antes que reducido la necesidad de funciones parasitarias y enajenadas (para la sociedad como totalidad, si no para los individuos). La publicidad, las relaciones públicas, la indoctrinación, la obsolescencia planeada, ya no son gastos generales e improductivos, sino más bien elementos de los costos básicos de la producción. Para ser efectiva, tal producción de despilfarro socialmente necesario requiere una continua racionalización:

⁸⁸ Tiempo "libre", no tiempo de "ocio". El último existe en la sociedad industrial avanzada, pero no es libre en la medida en que es administrado por los negocios y la política.

la incansable utilización de la técnica y la ciencia avanzada. Consecuentemente un constante aumento del nivel de vida es el subproducto casi inevitable de la sociedad industrial políticamente manipulada, una vez que cierto nivel de retraso ha sido superado. La creciente productividad del trabajo crea un creciente producto sobrante que, ya sea apropiado y distribuido privada o centralmente, permite un consumo cada vez mayor —sin olvidar la creciente diversificación de la productividad. En tanto que este sistema prevalece, reduce el valor de uso de la libertad; no hay razón para insistir en la autodeterminación si la vida administrada es la vida más cómoda e incluso la "buena" vida. Esta es la base racional y material para la unificación de los opuestos, para la conducta política unidimensional. Sobre esta base, las fuerzas políticas trascendentes *dentro* de la sociedad son detenidas y el cambio cualitativo sólo parece posible como un cambio desde *afuera*.

El rechazo del Estado de bienestar en nombre de las ideas abstractas de libertad parece poco convincente. La pérdida de las libertades económicas y políticas que fueron el verdadero logro de los dos siglos anteriores, puede verse como un daño muy pequeño de un Estado capaz de hacer segura y cómoda la vida administrada.⁸⁹ Si los individuos están satisfechos hasta el punto de sentirse felices con los bienes y servicios que les entrega la administración, ¿por qué han de insistir en instituciones diferentes para una producción diferente de bienes y servicios diferentes? Y si los individuos están precondicionados de tal modo que los bienes que producen satisfacción también incluyen pensamientos, sentimientos, aspiraciones, ¿por qué han de querer pensar, sentir e imaginar por sí mismos? Es verdad que los bienes materiales y mentales ofrecidos pueden ser malos, inútiles, basura —pero *Geist* y conocimiento no son argumentos convincentes contra la satisfacción de las necesidades.

La crítica del Estado de bienestar en términos de liberalismo y conservatismo (con o sin el prefijo "neo"), descansa, para alcanzar validez, en la existen-

⁸⁹ Ver p. 24.

cia de las mismas condiciones que el Estado de bienestar ha superado; esto es, un nivel más bajo de bienestar social y de tecnología. Los aspectos siniestros de esta crítica se muestran en la lucha contra una legislación social amplia y sistemas adecuados de gastos de gobierno para los servicios que no sean los de la defensa militar.

Así, la denuncia de las capacidades opresivas del Estado de bienestar sirve para proteger las capacidades opresivas de la sociedad anterior al Estado de bienestar. En la etapa más avanzada del capitalismo, esta sociedad es un sistema de pluralismo sojuzgado, en el que las instituciones competidoras ayudan a consolidar el poder de la totalidad sobre el individuo. Sin embargo, para el individuo administrado, la administración pluralista es mucho mejor que la administración total. Una institución puede protegerlo contra la otra; una organización puede mitigar el impacto de la otra; las posibilidades de escape y reforma pueden calcularse. El mando de la ley, no importa cuán restringido, es todavía infinitamente más seguro que el imperio sobre la ley y sin ella.

Sin embargo, ante las tendencias prevaletentes, cabe preguntarse si esta forma de pluralismo no acelera la destrucción del pluralismo. La sociedad industrial avanzada es en realidad un sistema de poderes compensatorios. Pero estas fuerzas se cancelan entre sí como resultado de una mayor unificación: el interés común de defender y extender la posición establecida, de combatir las alternativas históricas, de contener el cambio cualitativo. Los poderes compensatorios no incluyen aquellos que contrarrestan la totalidad.⁴⁰ Tienden a hacer inmune a la totalidad contra la negación tanto desde dentro como desde fuera; la política exterior de contención aparece como una extensión de la política interior de contención.

⁴⁰ Para un estudio crítico y realista del concepto ideológico de Galbraith, ver Earl Latham "The Body Politic of the Corporation", en: E. S. Mason *The Corporation in Modern Society* (Cambridge: Harvard University Press, 1959), pp. 223, 235 s.

La realidad del pluralismo se hace ideológica, engañosa. Parece extender antes que reducir la manipulación y coordinación, promover antes que neutralizar la inevitable integración. Las instituciones libres compiten con las autoritarias para hacer del Enemigo una fuerza mortal dentro del sistema. Y esta fuerza mortal estimula el crecimiento y la iniciativa, no gracias a la magnitud y el impacto económico del "sector" de defensa, sino gracias al hecho de que la sociedad como totalidad llega a ser una sociedad defensiva. Porque el Enemigo es permanente. No está presente en la situación de emergencia sino en el estado de cosas. Amenaza tanto en la paz como en la guerra (y quizá más que en la guerra); es así introducido en el sistema como poder cohesivo.

Ni la creciente productividad ni el alto nivel de vida dependen de la amenaza desde afuera, pero su utilización para la contención del cambio social y la perpetuación de la servidumbre, sí. El Enemigo es el común denominador de todo lo que se hace y deshace. Y el Enemigo no debe identificarse con el comunismo actual o el capitalismo actual; es, en ambos casos, el espectro de la liberación.

Una vez más: la enajenación de la totalidad absorbe las enajenaciones particulares y convierte los crímenes contra la humanidad en una empresa racional. Cuando las personas, debidamente estimuladas por las autoridades públicas y privadas, se preparan para una vida de movilización total, son sensibles a ella no sólo debido al enemigo presente, sino también por las posibilidades de inversión y empleo en la industria y la diversión. Incluso los cálculos más insensatos son racionales: la aniquilación de cinco millones de personas es preferible a la de diez millones, veinte millones y así por el estilo. Es inútil alegar que una civilización que justifica su defensa mediante tales cálculos proclama su propio final.

Bajo estas circunstancias, incluso las libertades y escapes existentes encuentran lugar dentro de la totalidad organizada. En esta etapa del mercado reglamentado, la competencia, ¿alivia o intensifica la carrera hacia cada vez mayores y más rápidos cambios

y superaciones? Los partidos políticos, ¿están compitiendo por la pacificación o por una industria del armamento cada vez más fuerte y más cara? La producción de "opulencia", ¿promueve o retarda la satisfacción de necesidades vitales no cubiertas todavía? Si las primeras alternativas son verdaderas, la forma contemporánea del pluralismo fortalecerá el potencial de contención del cambio cualitativo y así prevendrá antes que impulsará la "catástrofe" de la autodeterminación. La democracia aparecerá como el sistema más eficaz de dominación.

La imagen del Estado de bienestar delineada en los párrafos precedentes es la de una deformidad histórica situada entre el capitalismo organizado y el socialismo, la servidumbre y la libertad, el totalitarismo y la felicidad. Su posibilidad está claramente indicada por las tendencias prevaletientes del progreso técnico y claramente amenazada por fuerzas explosivas. La más poderosa, por supuesto, es el peligro de que la preparación para la guerra nuclear total pueda convertirse en su realización: la disuasión también sirve para disuadir los esfuerzos por eliminar la *necesidad* de la disuasión. Otros elementos que están en juego pueden impedir la placentera unión del totalitarismo y la felicidad, la manipulación y la democracia, la heteronomía y la autonomía, en una palabra: la perpetuación de la armonía prestablecida entre conducta organizada y espontánea, pensamiento precondicionado y libre, experiencia y convicción.

Incluso el capitalismo más altamente organizado conserva la necesidad social de la apropiación y distribución privada de los beneficios como la forma de regulación de la economía. Esto es, la realización del interés general sigue ligada a la de los intereses particulares. Al hacerlo, sigue enfrentando el conflicto entre la creciente potencialidad para pacificar la lucha por la existencia y la necesidad de intensificar esta lucha; entre la "abolición del trabajo" progresiva y la necesidad de preservar el trabajo como la fuente de ganancia. El conflicto perpetúa la exis-

tencia inhumana de aquellos que forman la base humana de la pirámide social: los seres marginales y los pobres, los sin empleo y los inempleables, las razas de color perseguidas, internados en prisiones e instituciones para enfermos mentales.

En las sociedades comunistas contemporáneas, el enemigo de afuera, el retraso y la herencia de terror perpetúan las características opresivas en el camino que lleva a "alcanzar y superar" los logros del capitalismo. La prioridad de los medios sobre los fines se agrava de este modo —una prioridad que sólo puede romperse si se logra la pacificación—, y el capitalismo y el comunismo siguen compitiendo sin fuerza militar, en una escala global y a través de instituciones globales. La pacificación significaría la aparición de una genuina economía mundial: el fin del Estado nacional, del interés nacional, de los negocios nacionales junto con sus alianzas internacionales. Y ésta es precisamente la posibilidad contra la cual el mundo actual está movilizado:

La ignorancia y la inconsciencia son tales que los nacionalismos continúan floreciendo. Ni el armamento ni la industria del siglo XX permiten a las *patrias* afirmar su seguridad y su existencia sino como conjuntos organizados de peso mundial, en el orden militar y económico. Pero ni en el Oeste ni en el Este las creencias colectivas asimilan los cambios reales. Los grandes forman sus imperios, o reparan las arquitecturas de éstos, sin aceptar los cambios de régimen económico y político que darían eficacia y sentido tanto a una como a la otra coalición.

Y

Engañadas por la nación y engañadas por la clase, las masas sufrientes son por doquier comprometidas en las asperezas de conflictos en que sus únicos enemigos son los amos que emplean conscientemente las mistificaciones de la industria y del poder.

La colusión de la industria moderna y del poder territorializado es un vicio cuya realidad es más profunda que las instituciones y las estructuras capitalistas y

comunistas y que ninguna dialéctica necesaria debe necesariamente extirpar.⁴¹

Esta inevitable interdependencia de los dos únicos sistemas sociales "soberanos" en el mundo contemporáneo expresa el hecho de que el conflicto entre el progreso y la política, entre el hombre y sus dominadores se ha hecho total. Cuando el capitalismo enfrenta el reto del comunismo, enfrenta sus propias capacidades: un espectacular desarrollo de todas sus fuerzas productivas posterior a la subordinación de todos los intereses privados de lucro que detienen tal desarrollo. Cuando el comunismo enfrenta el reto del capitalismo, también enfrenta sus propias capacidades: comodidades espectaculares, libertades y una vida menos penosa. Ambos sistemas tienen estas capacidades distorsionadas más allá del reconocimiento y, en ambos casos, la razón en último término es la misma: la lucha contra una forma de vida que disolvería la base de su dominación.

⁴¹ François Perroux, *loc. cit.*, vol. III, pp. 631-632, 633.

3. LA CONQUISTA DE LA CONCIENCIA INFELIZ: UNA DESUBLIMACIÓN REPRESIVA

Una vez discutida la integración política de la sociedad industrial avanzada, un logro hecho posible por la creciente productividad tecnológica y la cada vez más amplia conquista del hombre y la naturaleza, nos ocuparemos de la integración correspondiente en el campo de la cultura. En este capítulo, algunas nociones e imágenes clave de la literatura y su destino ilustrarán cómo el progreso de la racionalidad tecnológica está anulando los elementos de oposición y los trascendentes en la "alta cultura". Estos sucumben de hecho al proceso de *desublimación* que prevalece en las regiones avanzadas de la sociedad contemporánea.

Los logros y los fracasos de esta sociedad invalidan su alta cultura. La celebración de la personalidad autónoma, del humanismo, del amor trágico y romántico parecen ser el ideal de una etapa anterior del desarrollo. Lo que se presenta ahora no es el deterioro de la alta cultura que se transforma en cultura de masas, sino la refutación de esta cultura por la realidad. La realidad sobrepasa su cultura. El hombre puede hacer hoy *más* que los héroes culturales y semidioses de la cultura; ha resuelto muchos problemas insolubles. Pero también ha traicionado la esperanza y destruido la verdad que se preservaban en las sublimaciones de la alta cultura. Desde luego, la alta cultura estuvo siempre en contradicción con la realidad social, y sólo una minoría privilegiada gozaba de sus bienes y representaba sus ideales. Las dos esferas antagónicas de la sociedad han coexistido siempre; la alta cultura ha sido siempre acomodaticia, mientras que la realidad se veía raramente perturbada por sus ideales y verdades.

El nuevo aspecto actual es la disminución del antagonismo entre la cultura y la realidad social, mediante la extinción de los elementos de oposición ajenos y

trascendentes de la alta cultura por medio de los cuales constituía *otra dimensión* de la realidad. Esta liquidación de la cultura *bidimensional* no tiene lugar a través de la negación y el rechazo de los "valores culturales" sino a través de su incorporación total al orden establecido mediante su reproducción y distribución en una escala masiva.

De hecho, estos "valores culturales" sirven como instrumentos de unión social. La grandeza de un arte y una literatura libres, los ideales del humanismo, las penas y alegrías del individuo, la realización de la personalidad son aspectos importantes en la lucha competitiva entre el Este y el Oeste. Estos aspectos hablan gravemente contra las formas actuales del comunismo y son diariamente administrados y vendidos. El hecho de que contradigan a la sociedad que los vende no cuenta. Del mismo modo que la gente sabe o siente que los anuncios y los programas políticos no tienen que ser necesariamente verdaderos o justos y sin embargo los escuchan y leen e incluso se dejan guiar por ellos, aceptan los valores tradicionales y los hacen parte de su formación mental. Si las comunicaciones de masas reúnen armoniosamente y a menudo inadvertidamente el arte, la política, la religión y la filosofía con los anuncios comerciales, al hacerlo conducen estos aspectos de la cultura a su común denominador: la forma de mercancía. La música del espíritu es también la música del comercio. Cuentan los valores de cambio, no los valores de la verdad. En ellos se centra la racionalidad del *statu quo* y toda racionalidad ajena se inclina ante ellos.

Conforme las grandes palabras de libertad y realización son pronunciadas por los líderes de las campañas y los políticos, en las pantallas de televisión, los radios y los escenarios se convierten en sonidos sin sentido que lo obtienen sólo dentro del contexto de la propaganda y los negocios, la disciplina y el descanso. Esta asimilación de lo ideal con la realidad prueba hasta qué grado ha sido sobrepasado el ideal. Ha sido rebajado desde el sublimado campo del alma, el espíritu o el hombre interior hasta los problemas y términos operacionales. Estos son los elementos pro-

gresivos de la cultura de masas. La perversión señala el hecho de que la sociedad industrial avanzada se enfrenta a la posibilidad de una materialización de los ideales. Las capacidades de esta sociedad están reduciendo progresivamente el campo sublimado en el que la condición del hombre era representada, idealizada y denunciada. La alta cultura se hace parte de la cultura material. En esta transformación, pierde gran parte de su verdad.

La alta cultura de Occidente —cuyos valores morales, estéticos e intelectuales todavía profesa la sociedad industrial avanzada— era una cultura pretecnológica en un sentido tanto funcional como cronológico. Su validez se derivaba de la experiencia de un mundo que ya no existe, que ya no puede ser recapturado porque es invalidado en un sentido estricto por la sociedad tecnológica. Más aún, permanecía en alto grado como una cultura feudal, incluso cuando el periodo burgués le dio algunas de sus formulaciones más duraderas. Era feudal no sólo porque estaba confinada a las minorías privilegiadas, no sólo por sus elementos románticos inherentes (que serán discutidos en seguida), sino también porque sus obras auténticas expresaban una enajenación consciente y metódica de toda la esfera de los negocios y la industria y de su orden previsible y provechoso.

Mientras este orden burgués encontró su rica —e incluso afirmativa— representación en el arte y la literatura (como en los pintores holandeses del siglo XVII, en el *Wilhelm Meister* de Goethe, en la novela inglesa del siglo XIX, en Thomas Mann), permaneció como un orden que era sobrepasado, roto, refutado por otra dimensión que era irreconciliablemente antagonista del orden de los negocios, atacándolo y negándolo. Y en la literatura, esta otra dimensión *no* es representada por los héroes religiosos, espirituales, morales (que a menudo sostienen el orden establecido), sino más bien por los caracteres perturbadores como el artista, la prostituta, la adúltera, el gran criminal, el proscrito, el guerrero, el poeta rebelde, el demo-

nio, el loco —por aquellos que no se ganan la vida, o al menos no lo hacen de un modo ordenado y normal.

Desde luego estos personajes no han desaparecido en la literatura de la sociedad industrial avanzada, pero sobreviven transformados esencialmente. La vampiresa, el héroe nacional, el beatnik, la esposa neurótica, el gángster, la estrella, el magnate carismático, representan una función muy diferente e incluso contraria a la de sus predecesores culturales. Ya no son imágenes de otra forma de vida, sino más bien rarezas o tipos de la misma vida, como una negación del orden establecido.

Ciertamente, el mundo de sus predecesores era un mundo anterior, pretecnológico, un mundo con la buena conciencia de la falta de igualdad y el esfuerzo en el que el trabajo era todavía una desgracia del destino; pero un mundo en el que el hombre y la naturaleza todavía no estaban organizados como cosas e instrumentos. Con su código de formas y costumbres, con el estilo y el vocabulario de su literatura y su filosofía, esta cultura pasada expresaba el ritmo y el contenido de un universo en el que valles y bosques, villas y posadas, nobles y villanos, salones y cortes eran parte de la realidad experimentada. En el verso y la prosa de esta cultura pretecnológica está el ritmo de aquellos que peregrinan o pasean en carruajes, que tienen el tiempo y el placer de pensar, de contemplar, de sentir y narrar.

Es una cultura retrasada y superada, y sólo los sueños y las regresiones infantiles pueden recapturarla. Pero esta cultura es también, en alguno de sus elementos decisivos, una cultura *posttecnológica*. Sus imágenes y posiciones más avanzadas parecen sobrevivir a su absorción dentro de las comodidades y los estímulos administrados; siguen seduciendo a la conciencia con la posibilidad de su renacimiento en la consumación del progreso técnico. Son expresión de esa libre y consciente enajenación de las formas establecidas de vida con las que la literatura y el arte se oponían a esas formas incluso cuando las adoraban.

En contraste con el concepto marxiano que denota la relación del hombre consigo mismo y su trabajo en la sociedad capitalista, la *enajenación artística* es la trascendencia consciente de la existencia enajenada: un "nivel más alto" o una enajenación mediatizada. El conflicto con el mundo del progreso, la negación del orden de los negocios, los elementos antiburgueses en la literatura y el arte burgués no se deben ni al bajo nivel estético de este orden ni a una reacción romántica: la consagración nostálgica de una etapa desaparecida de la civilización. "Romántico" es un término de difamación condescendiente que se aplica fácilmente a las difamadas posiciones de vanguardia, del mismo modo que el término "decadente" muchas veces denuncia los elementos genuinamente progresivos de una cultura moribunda en lugar de los factores reales de la decadencia. Las imágenes tradicionales de la enajenación artística son en verdad románticas en tanto que están en incompatibilidad estética con la sociedad en desarrollo. Esta incompatibilidad es la clave de su verdad. Lo que ellos recogen y preservan en la memoria pertenece al futuro: imágenes de una gratificación que disolvería la sociedad que la suprime. La gran literatura y el arte surrealista de los veinte y los treinta han recapturado todavía estas imágenes en su función subversiva y liberadora. Ejemplos tomados al azar del vocabulario literario básico pueden indicar el rango y el valor de estas imágenes y la dimensión que revelan: *Alma, Espíritu y Corazón; la recherche de l'absolu, Les Fleurs du mal, la femme-enfant*; el Reino del Mar, *Le Bateau ivre* y la *Long-legged Bait*; *Ferne y Heimat*; pero también el demonio del ron, el demonio de la máquina y el demonio del dinero; Don Juan y Romeo; el Maestro Constructor y Cuando los Muertos Despertemos.

Su sola enumeración muestra que pertenecen a una dimensión perdida. No han sido invalidadas por su obsolescencia literaria. Algunas de estas imágenes pertenecen a la literatura contemporánea y sobreviven

en sus creaciones más avanzadas. Lo que ha sido invalidado es su fuerza subversiva, su contenido destructivo: su verdad. En esta transformación encuentran su lugar en la vida cotidiana. Las obras alienadas y alienadoras de la cultura intelectual se hacen bienes y servicios familiares. Su reproducción y consumo masivos, ¿son sólo un cambio en cantidad; esto es, una creciente apreciación y comprensión, una democratización de la cultura?

La verdad de la literatura y el arte ha sido aceptada siempre (si era aceptada) como la de un orden "más alto" que no debería perturbar el orden de los negocios y en realidad no lo hacía. Lo que ha cambiado en la época contemporánea es la diferencia entre los dos órdenes y sus verdades. El poder absorbente de la sociedad vacía la dimensión artística asimilando sus contenidos antagonistas. En el campo de la cultura el nuevo totalitarismo se manifiesta precisamente en un pluralismo armonizador en el que las obras y verdades más contradictorias coexisten pacíficamente en la indiferencia.

Antes del advenimiento de esta reconciliación cultural, la literatura y el arte eran esencialmente enajenación que sostenía y protegía la contradicción: la conciencia infeliz del mundo dividido, las posibilidades derrotadas, las esperanzas no realizadas y las promesas traicionadas. Eran una fuerza racional cognoscitiva que revelaba una dimensión del hombre y la naturaleza que era reprimida y rechazada en la realidad. Su verdad se encontraba en la ilusión evocada en la insistencia por crear un mundo en el que el terror de la vida era dominado y suprimido; conquistado mediante el reconocimiento. Este es el milagro de la *chef-d'œuvre*; es la tragedia, sostenida hasta sus últimas consecuencias y el fin de la tragedia: su solución imposible. Vivir el propio amor y el propio odio, vivir eso que uno es implica la derrota, la resignación y la muerte. Los crímenes de la sociedad, el infierno que el hombre ha hecho para el hombre se convierten en fuerzas cósmicas inconquistables.

La tensión entre lo actual y lo posible se transfigura en un conflicto irresoluble, en el que la recon-

ciliación se encuentra gracias a la obra como *forma*: la belleza como la *promesse de bonheur*. En la forma de la obra, las circunstancias actuales son colocadas en otra dimensión en la que la realidad dada se muestra como lo que es. Así dice la verdad sobre sí misma; su lenguaje deja de ser el del engaño, la ignorancia y la sumisión. La ficción llama a los hechos por su nombre y su reino se derrumba; la ficción subvierte la experiencia cotidiana y la muestra como falsa y mutilada. Pero el arte tiene este poder mágico sólo como poder de la negación. Puede hablar su propio lenguaje sólo en cuanto las imágenes que rechazan y refutan el orden establecido estén vivas.

Madame Bovary de Flaubert se distingue de las historias de amor igualmente tristes de la literatura contemporánea por el hecho de que el humilde vocabulario de su contrapartida en la vida real contiene todavía las imágenes de la heroína, o por el hecho de que ella lee historias que todavía contienen tales imágenes. Su angustia es fatal porque no había psicoanalista y no había psicoanalista porque, en su mundo, no hubiera sido capaz de curarla. Ella lo hubiera rechazado como una parte del orden de Yonville que la destruye. Su historia era "trágica" porque la sociedad en que ocurría era una sociedad atrasada, con una moral sexual no liberada todavía y una psicología todavía no institucionalizada. La sociedad que estaba todavía por llegar ha "resuelto" su problema suprimiéndolo. Desde luego sería una tontería decir que su tragedia o la de Romeo y Julieta está resuelta en la democracia moderna, pero también sería una tontería negar la esencia histórica de la tragedia. La realidad tecnológica en desarrollo mina no sólo las formas, sino la misma base de la enajenación artística; esto es, tiende a invalidar no sólo ciertos "estilos" sino también la misma substancia del arte.

Desde luego, la enajenación no es la única característica del arte. El análisis e incluso una declaración sobre este problema está fuera del campo de esta obra, pero pueden ofrecerse algunas sugerencias que

lo clarifiquen. A lo largo de periodos enteros de la civilización, el arte parece estar totalmente integrado en su sociedad. El arte egipcio, griego y gótico son ejemplos familiares; Bach y Mozart son generalmente citados también como testimonios del lado "positivo" del arte. El lugar de la obra de arte en una cultura pretecnológica y bidimensional es muy diferente del que tiene en una civilización unidimensional, pero la enajenación caracteriza tanto al arte positivo como al negativo.

La distinción decisiva no es la psicología, que distingue entre el arte creado en medio del placer y el arte creado en medio del dolor, entre la cordura y la neurosis, sino la que distingue entre la realidad artística y la social. La ruptura con la última, la trasgresión mágica o racional, es una cualidad esencial incluso del arte más positivo; está enajenado también del mismo público al que se dirige. Por cercanos y familiares que fueran el templo o la catedral para la gente que vivía alrededor de ellos, permanecían en aterrador y elevador contraste con la vida diaria del esclavo, del campesino y el artesano —y quizá incluso con la de sus señores.

Ritualizado o no, el arte contiene la racionalidad de la negación. En sus posiciones más avanzadas es el Gran Rechazo: la protesta contra aquello que es: las formas en las que el hombre y las cosas se hacen aparecer, cantar, sonar y hablar, son formas de refutar rompiendo y recreando su existencia de hecho. Pero estas formas de negación pagan tributo a la sociedad antagonista a la que están ligadas. Separadas de la esfera del trabajo donde la sociedad se reproduce a sí misma y a su miseria, el mundo del arte que crean permanece, con toda su verdad, como un privilegio y una ilusión.

En esta forma se continúa, a pesar de toda la democratización y la popularización, a través del siglo XIX y dentro del XX. La "alta cultura" en la que esta enajenación se celebra tiene sus propios ritos y su propio estilo. El salón, el concierto, la ópera, el teatro están diseñados para crear e invocar otra dimensión de la realidad. Asistir a ellos es como hacerlo

a una fiesta; cortan y trascienden la experiencia cotidiana.

Ahora esta ruptura esencial entre las artes y el orden del día, que permanecía abierta en la enajenación artística, está siendo progresivamente cerrada por la sociedad tecnológica avanzada. Y al cerrarse, el Gran Rechazo es rechazado a su vez; la "otra dimensión" es absorbida por el estado de cosas prevaleciente. Las obras de la enajenación son incorporadas dentro de esta sociedad y circulan como uña y carne del equipo que adorna y psicoanaliza el estado de cosas dominante. Así se hacen comerciales: venden, confortan o excitan.

Los críticos neoconservadores o los críticos de izquierda de la cultura de masas ridiculizan la protesta contra la utilización de Bach como música de fondo en la cocina, contra el hecho de que Platón y Hegel, Shelley o Baudelaire, Marx y Freud aparezcan en los supermercados. Al contrario, insisten en que se reconozca el hecho de que los clásicos han dejado el mausoleo y han regresado a la vida, de que la gente es mucho más educada. Es verdad, pero volviendo a la vida como clásicos, vuelven a la vida distintos a sí mismos; han sido privados de su fuerza antagonista, de la separación que era la dimensión misma de su verdad. Así, la intención y la función de esas obras ha sido fundamentalmente cambiada. Si una vez se levantaron en contradicción con el *statu quo*, esta contradicción es anulada ahora.

Pero tal asimilación es históricamente prematura; establece una igualdad cultural a la vez que preserva la dominación. La sociedad está eliminando las prerrogativas y los privilegios de la cultura feudal aristocrática junto con su contenido. El hecho de que las verdades trascendentes de las bellas artes, la estética de la vida y el pensamiento fueran accesibles sólo a unos cuantos ricos y educados era la culpa de una sociedad represiva. Pero esta culpa no se corrige mediante libros de bolsillo, educación general, discos de larga duración y la abolición del vestido formal en el teatro y la sala de concierto.¹ Los privilegios

¹ No hay que confundir: en otro sentido las ediciones ba-

culturales expresaban la injusticia de la libertad, la contradicción entre ideología y realidad, la separación de la productividad intelectual de la material; pero también proveían un ámbito protegido en el que las verdades prohibidas podían sobrevivir en una integridad abstracta —separadas de la sociedad que las suprimía.

Ahora esta separación ha sido suprimida —y con ella se ha suprimido también la trasgresión y la acusación. El texto y el tono están todavía ahí, pero se ha conquistado la distancia que los hizo *Luft von anderen Planeten*.² La enajenación artística ha llegado a ser tan funcional como la arquitectura de los nuevos teatros y salas de conciertos en los que se la representa. También en este aspecto lo racional y el mal son inseparables. Sin duda la nueva arquitectura es mejor, y por tanto más bella y más práctica que las monstruosidades de la era victoriana. Pero también está más “integrada”: el centro cultural está llegando a ser una parte incorporada al centro de compras, al centro municipal o al centro de gobierno. La dominación tiene su propia estética y la dominación democrática tiene su estética democrática. Es bueno que casi todo el mundo pueda tener ahora las bellas artes al alcance de la mano apretando tan sólo un botón en su aparato mecánico o entrando a un supermercado. En esta difusión, sin embargo, las bellas artes se convierten en engranajes de una máquina cultural que reforma su contenido.

La enajenación artística sucumbe, junto con otras formas de negación, al proceso de la racionalidad técnica. El cambio revela profundidad, el grado de su irreversibilidad, si es visto como un resultado del progreso técnico. La etapa actual redefine las posibilidades del hombre y la naturaleza de acuerdo con los nuevos medios disponibles para su realización y, a su luz, las imágenes pretecnológicas están perdiendo su poder.

ratas, la educación general y los discos de larga duración son una auténtica bendición.

² Stefan George, en el Cuarteto en fa sostenido menor de Arnold Schoenberg. Ver Th. W. Adorno, *Philosophie der neuen Musik*. (J. C. B. Mohr, Tübinga, 1949), pp. 19 ss.

Su valor de verdad dependía en alto grado de una inabarcada e inconquistada dimensión del hombre y la naturaleza, en los estrechos límites situados en la organización y la manipulación, del “núcleo insoluble” que resistía a la integración. En la sociedad industrial totalmente desarrollada, este núcleo insoluble es anulado progresivamente por la racionalidad tecnológica. Obviamente, la transformación física del mundo implica la transformación mental de sus símbolos, imágenes e ideas. Obviamente, cuando las ciudades, las autopistas y los parques nacionales reemplazan villas, valles y bosques; cuando las lanchas de motor corren sobre los lagos y los aviones cortan el cielo, estas áreas pierden su carácter como una realidad cualitativamente diferente, como áreas de contradicción.

Y puesto que la contradicción es la obra del Logos —confrontación racional de “aquello que no es” con “aquello que es”— debe haber un medio de comunicación. La lucha por hallar este medio, o más bien dicho la lucha contra su absorción en la unidimensionalidad predominante, se muestra en los esfuerzos de la *avant garde* por crear un distanciamiento que haría la verdad artística comunicable otra vez.

Bertolt Brecht ha delineado los fundamentos teóricos de esos esfuerzos. El carácter total de la sociedad establecida enfrenta al dramaturgo con la pregunta sobre si todavía es posible “representar el mundo contemporáneo en el teatro”; esto es, representarlo de tal manera que el espectador reconozca la verdad que la obra debe transmitir. Brecht responde que el mundo contemporáneo puede ser representado así sólo si se le representa como sujeto de cambio:³ como el estado de negatividad que debe ser negado. Esta es una doctrina que tiene que ser aprendida, comprendida y puesta en práctica; pero el teatro es y debe ser entretenimiento, placer. Sin embargo, el entretenimiento y el aprendizaje no se oponen; el entretenimiento puede ser el modo más efectivo de aprender. Para enseñar lo que realmente es el mundo contem-

³ Bertolt Brecht, *Schriften zum Theater* (Berlín y Frankfurt, Suhrkamp, 1957), pp. 7, 9.

poráneo detrás del velo ideológico y material y cómo puede cambiarse, el teatro debe romper la identificación del espectador con los sucesos que ocurren en escena. Se necesita en vez de empatía y sentimiento, distancia y reflexión. El "efecto de distanciamiento" (*Verfremdungseffekt*) debe producir esta disociación dentro de la que el mundo puede ser reconocido como lo que es. "Las cosas de la vida cotidiana son sacadas del campo de la evidencia inmediata..."⁴ "Lo que es 'natural' debe asumir los aspectos de lo extraordinario. Sólo de este modo las leyes de causa y efecto pueden revelarse."⁵

El "efecto de distanciamiento" no es sobreimpuesto en la literatura, más bien es la respuesta de la literatura a la amenaza del *behaviorismo* total; el intento de rescatar la racionalidad a partir de lo negativo. En este intento, los grandes "conservadores" de la literatura unen sus fuerzas con los radicales activistas. Paul Valéry insiste en el inevitable compromiso del lenguaje poético con la negación. Los versos de este lenguaje "ne parlent jamais que de choses absentes".⁶ Hablan de aquello que, aunque ausente, persigue al universo establecido del razonamiento y la conducta como su más prohibida posibilidad: no el cielo ni el infierno, no el bien ni el mal, sino, simplemente, "le bonheur". Así el lenguaje poético habla de aquello que es de este mundo, que es visible, tangible, audible en el hombre y la naturaleza —y de aquello que no es visto, no es tocado, no es escuchado.

Creado y puesto en movimiento en un medio que presenta lo ausente, el lenguaje poético es un lenguaje de conocimiento —pero de un conocimiento que subvierte lo positivo—. En su función cognoscitiva, la poesía realiza la gran tarea del *pensamiento*:

el trabajo que hace vivir en nosotros aquello que no existe.⁷

⁴ *Ibid.*, p. 76.

⁵ *Ibid.*, p. 63.

⁶ Paul Valéry, "Poésie et Pensée Abstraite", en *Oeuvres* (La Pléiade, París, Gallimard, 1957), vol. I, p. 1324.

⁷ *Ibid.*, p. 1333.

Nombrar las "cosas que están ausentes" es romper el encanto de las cosas que son; es más, es la introducción de un orden diferente de cosas en el establecido: "le commencement d'un monde".⁸

Para la expresión de este otro orden, que es trascendencia dentro del único mundo, el lenguaje poético depende de los elementos trascendentes en el lenguaje común.⁹ Sin embargo, la movilización total de todos los medios para la defensa de la realidad establecida ha coordinado los medios de expresión hasta un punto en el que la comunicación de contenidos trascendentes se hace técnicamente imposible. El espectro que ha perseguido a la conciencia artística desde Mallarmé —la imposibilidad de hablar un lenguaje no reificado, de comunicar lo negativo—, ha dejado de ser un espectro. Se ha materializado.

Las verdaderas obras literarias de vanguardia comunican el rompimiento con la comunicación. Con Rimbaud y luego con el dadaísmo y el surrealismo, la literatura rechaza las mismas estructuras del discurso que, a través de la historia de la cultura, han ligado el lenguaje artístico y el común. El sistema proposicional¹⁰ (con la oración como su unidad de sentido) era el medio en el que las dos dimensiones de la realidad podían encontrarse, comunicar y ser comunicadas. Tanto la poesía más sublime como la prosa más baja compartían este medio de expresión. Entonces, la poesía moderna "destruyó las relaciones del lenguaje y redujo el discurso nuevamente a la sucesión de *palabras*".¹¹

La palabra rechaza el orden unificador y sensible de la oración. Hace estallar la estructura prestablecida de significados y, convirtiéndose en un "objeto absoluto" en sí mismo, designa un universo intolerable que se autodestruye: una discontinuidad. Esta subversión de la estructura lingüística implica una subversión de la experiencia de la naturaleza:

⁸ *Ibid.*, p. 1327 (con referencia al lenguaje de la música).

⁹ Ver *infra*, capítulo VII.

¹⁰ Ver *infra*, capítulo V.

¹¹ Roland Barthes, *Le Degré zéro de l'écriture*. (París, Editions du Seuil, 1953), p. 72. (Cursivas del autor.)

La naturaleza deviene una discontinuidad de objetos solitarios y terribles, porque sólo tienen enlaces virtuales; nadie elige para ellos un sentido privilegiado, un empleo o un servicio, nadie los reduce a la significación de un comportamiento mental o de una intención, o lo que es lo mismo, finalmente, de una ternura... Esas palabras-objetos sin unión, armadas con toda la violencia de su poder explosivo... esas palabras poéticas excluyen al hombre; no hay un humanismo poético de la modernidad. El discurso es un discurso lleno de terror, lo que significa que relaciona al hombre no con los otros hombres, sino con las imágenes más inhumanas de la naturaleza; el cielo, el infierno, lo sagrado, la infancia, la locura, la materia pura, etc.¹²

Los elementos tradicionales del arte (imágenes, armonías, colores) reaparecen sólo como "citas", residuos de un sentido del pasado en un contexto de negación. Así, las pinturas surrealistas

...son el compendio de lo que el funcionalismo cubre con tabús porque denuncia la realidad como reificación y lo irracional en su racionalidad. El surrealismo recaptura lo que el funcionalismo le niega al hombre; las distorsiones demuestran lo que la prohibición hizo al objeto del deseo. Así el surrealismo rescata lo arcaico: un álbum de idiosincrasias donde se disipa la pretensión de felicidad, que los hombres encuentran negada en su propio mundo tecnificado.¹³

La obra de Bertolt Brecht conserva la "*promesse de bonheur*" contenida en el romance y el *Kitsch* (claro de luna y mar azul; canciones y dulce hogar; lealtad y amor) convirtiéndolos en fermento político. Sus personajes cantan paraísos perdidos e inolvidables esperanzas ("Siehst du den Mond über Soho, Geliebter?" "Jedoch eines Tages, und der Tag war blau." "Zuerst war es immer Sonntag." "Und ein Schiff mit acht Segeln." "Alter Bilbao Mond, Da wo noch Liebe lohnt").* Y las canciones resultan llenas

¹² *Ibid.*, pp. 73 s.

¹³ Theodor W. Adorno, *Noten zur Literatur*. (Berlín-Frankfurt, Suhrkamp, 1958), p. 160.

* ("¿Ves la luna sobre Soho, mi amor?", "Un día más y el

de crueldad y dolor, explotación, engaño y mentira. Los engañados cantan su decepción, pero aprenden (o han aprendido) sus causas, y sólo aprendiendo estas causas (y cómo enfrentarse a ellas) recuperan la verdad de sus sueños.

Los esfuerzos por recapturar el Gran Rechazo en el lenguaje literario sufren el destino de ser absorbidos por lo que niegan. Como clásicos modernos, la vanguardia y los *beatniks* comparten la función de entretener sin poner en peligro la buena conciencia de los hombres de buena voluntad. Esta absorción se justifica por el progreso técnico; el rechazo es a su vez rechazado por el alivio de la miseria en la sociedad industrial avanzada. La liquidación de la alta cultura es un subproducto de la conquista de la naturaleza y de la progresiva conquista de la necesidad.

Invalidando las loadas imágenes de la trascendencia, incorporándolas a su omnipresente realidad diaria, esta sociedad atestigüa hasta qué grado los conflictos insolubles se están haciendo manejables: la tragedia y el romance, los sueños arquetípicos y las ansiedades se están haciendo susceptibles de soluciones y disoluciones técnicas. El psiquiatra se ocupa de los Donjuanes, Romeos, Hamlets, Faustos conforme se ocupa de los Edipos: los cura. Los dirigentes del mundo están perdiendo sus características metafísicas. Su aparición en la televisión, en conferencias de prensa, en el Parlamento y en discusiones públicas difícilmente se adapta al drama más allá de los límites de la publicidad,¹⁴ y en cambio las consecuencias de sus acciones sobrepasan la dimensión del drama.

Las prescripciones para la inhumanidad y la injusticia están siendo administradas por una burocracia racionalmente organizada, que es, sin embargo, invisible en su centro vital. El alma contiene pocos secretos y aspiraciones que no puedan ser discutidos, analizados y encuestados. La soledad, que es la condición

día era azul", "Al principio fue siempre domingo", "Y un barco con ocho velas", "Vieja luna de Bilbao, allí donde vive el amor") [N. del T.]

¹⁴ Todavía existe el legendario héroe revolucionario que puede derrotar incluso a la televisión y la prensa: su mundo es el de los países "subdesarrollados".

esencial que sostenía al individuo contra y más allá de la sociedad, se ha hecho técnicamente imposible. El análisis lógico y lingüístico demuestra que los antiguos problemas metafísicos son problemas ilusorios; la búsqueda del "sentido" de las cosas puede ser reformulada como la búsqueda del sentido de las palabras, y el universo establecido del discurso y la conducta puede proporcionar criterios perfectamente adecuados para la respuesta.

Es un universo racional que, por el mero peso y las capacidades de su aparato, cierra todo escape. En su relación con la realidad de la vida cotidiana, la alta cultura del pasado era muchas cosas: oposición y adorno, protesta y resignación. Pero era también la aparición del reino de la libertad: la negativa a participar. Tal negativa no puede impedirse sin una compensación que parece más satisfactoria que la negativa. La conquista y unificación de los opuestos, que encuentra su gloria ideológica en la transformación de la alta cultura en popular, ocurre sobre una base material de satisfacción creciente. Esta es también la base que permite una total *desublimación*.

La enajenación artística es sublimación. Crea las imágenes de condiciones irreconciliables con el "principio de realidad" establecido pero que, como imágenes culturales, llegan a ser tolerables, incluso edificantes y útiles. Ahora estas imágenes son invalidadas. Su incorporación a la cocina, la oficina, la tienda; su liberación comercial como negocio y diversión es, en un sentido, desublimación: reemplaza la gratificación mediatizada con la inmediata. Pero es una desublimación practicada desde una "posición de fuerza" por parte de la sociedad, que puede permitirse conceder más que antes porque sus intereses han llegado a ser los impulsos más interiorizados de sus ciudadanos y porque los placeres que concede promueven la cohesión social y la satisfacción.

El "principio de placer" absorbe el "principio de realidad"; la sexualidad es liberada (o, más bien liberalizada) dentro de formas sociales constructivas. Esta

noción implica que hay modos represivos de desublimación,¹⁵ junto a los cuales los impulsos y objetivos sublimados contienen más desviación, más libertad y más negación para conservar los tabús sociales. Parece que tal desublimación represiva opera en la esfera sexual, y en ella, como en la desublimación de la alta cultura, opera como un subproducto de los controles sociales de la realidad tecnológica, que extiende la libertad a la vez que intensifica la dominación. El nexo entre la desublimación y la sociedad tecnológica puede comprenderse mejor analizando el cambio en el uso social de la energía instintiva.

En esta sociedad, no todo el tiempo empleado en y con las máquinas es tiempo de trabajo (es decir, esfuerzo no placentero pero necesario), y no toda la energía ahorrada por la máquina es fuerza de trabajo. La mecanización también ha "ahorrado" libido, la energía de los instintos de la vida; esto es, la ha sacado de sus formas anteriores de realización. Este es el centro de la verdad en el romántico contraste entre el viajero moderno y el poeta errante o el artesano, entre la línea de montaje y la artesanía, entre la villa y la ciudad, el pan de fábrica y el horneado en casa, el barco de vela y el de motor, etc. Es verdad que este romántico mundo anterior a la técnica estaba lleno de miseria, esfuerzos y suciedad y éstos, a su vez, eran el fondo de todo el placer y el gozo. Sin embargo, había un "paisaje", un medio de experiencia libidinal que ya no existe.

Con su desaparición (un prerequisite histórico del progreso en sí misma), ha sido deserotizada toda una dimensión de la actividad y la pasividad humana. El ambiente del que el individuo podía obtener placer —que podía percibir como gratificante casi como una extensión de su cuerpo— ha sido rígidamente reducido. Consecuentemente, el "universo" de catexia libidinal se reduce del mismo modo. El resultado es una localización y contracción de la libido, la reducción de lo erótico a la experiencia y la satisfacción sexual.¹⁶

¹⁵ Ver mi libro *Eros y civilización*. (Joaquín Mortiz, México), esp. Cap. X.

¹⁶ De acuerdo con la terminología empleada en las últimas

Por ejemplo, compárese hacer el amor en una pradera y en un automóvil, en un camino para enamorados fuera de las murallas del pueblo y en una calle de Manhattan. En los primeros casos, el ambiente participa e invita a la catexia libidinal y tiende a ser erotizado. La libido trasciende las zonas erotogénicas inmediatas: se crea un proceso de sublimación no represiva. En contraste, un ambiente mecanizado parece impedir tal autotranscendencia de la libido. Obligada en la lucha por extender el campo de gratificación erótico, la libido se hace menos "polimorfa", menos capaz de un erotismo que vaya más allá de la sexualidad localizada, y la *última* se intensifica.

Así, disminuyendo lo erótico e intensificando la energía sexual, la realidad tecnológica *limita el campo de la sublimación*. También reduce la *necesidad* de sublimación. En el aparato mental la tensión entre aquello que se desea y aquello que se permite parece considerablemente más baja, y el principio de realidad no parece necesitar ya una total y dolorosa transformación de las necesidades instintivas. El individuo debe adaptarse a un mundo que no parece exigir la negación de sus necesidades más íntimas; un mundo que no es esencialmente hostil.

De este modo, el organismo es precondicionado por la aceptación espontánea de lo que se le ofrece. En tanto que la mayor libertad envuelve una contracción antes que una extensión y un desarrollo de las necesidades instintivas, trabajo *por* antes que *contra* el *statu quo* de represión general; se podría hablar de "desublimación institucionalizada". Esta última parece ser un elemento vital en la configuración de la personalidad autoritaria de nuestro tiempo.

Se ha dicho a menudo que la civilización industrial avanzada opera con un mayor grado de libertad sexual; "opera" en el sentido que ésta llega a ser un valor de mercado y un elemento de las costumbres sociales. Sin dejar de ser un instrumento de trabajo, se le per-

mite al cuerpo exhibir sus caracteres sexuales en el mundo de todos los días y en las relaciones de trabajo. Este es uno de los únicos logros de la sociedad industrial —hecho posible por la reducción del trabajo físico, sucio y pesado; por la disponibilidad de ropa barata y atractiva, la cultura física y la higiene; por las exigencias de la industria de la publicidad, etc. Las atractivas jóvenes secretarías y vendedoras, el ejecutivo joven y el encargado de ventas guapo y viril son mercancías con un alto valor de mercado, y la posesión de amantes adecuadas —que fuera una vez la prerrogativa de reyes, príncipes y señores— facilita la carrera de incluso los empleados más bajos en la comunidad de los negocios.

El funcionalismo, que se pretende artístico, promueve esta tendencia. Las tiendas y oficinas se abren a través de amplios ventanales y exponen a su personal; adentro, los mostradores altos y las divisiones opacas están cayendo en desuso. La destrucción de la vida privada en las masivas casas de apartamentos y los hogares suburbanos rompe la barrera que antiguamente separaba al individuo de la existencia pública y expone más fácilmente las atractivas cualidades de otras esposas y otros maridos.

Esta socialización no contradice sino complementa la deserotización del ambiente. El sexo se integra al trabajo y las relaciones públicas y de este modo se hace más susceptible a la satisfacción (controlada). El progreso técnico de una vida más cómoda permite la sistemática inclusión de los componentes libidinales en el campo del interés de producción y el intercambio. Pero no importa cuán controlada pueda estar la movilización de la energía instintiva (que algunas veces llega a un manejo científico de la libido), no importa en qué grado pueda servir como una defensa del *statu quo*, también es gratificante para los individuos manejados, del mismo modo que navegar en una lancha de motor, empujar la segadora de yerba y correr en un automóvil es divertido.

Esta movilización y administración de la libido puede contar para justificar la voluntaria complacencia, la ausencia del terror, la armonía preestablecida en-

tre las necesidades individuales y los deseos, metas y aspiraciones requeridas socialmente. La conquista tecnológica y política de los factores trascendentes en la existencia humana, tan característica de la civilización industrial avanzada, se afirma en la esfera instintiva, como satisfacción lograda de un modo que genera sumisión y debilita la racionalidad de la protesta.

El grado de satisfacción socialmente permisible y deseable se amplía grandemente, pero mediante esta satisfacción el principio de placer es reducido al privársele de las exigencias que son irreconciliables con la sociedad establecida. El placer, adaptado de este modo, genera sumisión.

En contraste con los placeres de la desublimación adaptada, la sublimación preserva la conciencia de la renuncia que la sociedad represiva impone al individuo y por tanto preserva la necesidad de liberación. Desde luego, toda sublimación es impuesta por el poder de la sociedad, pero la conciencia infeliz de este poder traspasa ya la enajenación. Y toda sublimación acepta la barrera social contra la gratificación instintiva, pero también supera esta barrera.

Al censurar el inconsciente e implantar lo consciente, el superego también censura al censor, porque la conciencia desarrollada registra el acto malo prohibido no sólo en el individuo sino también en su sociedad. Al contrario, la pérdida de conciencia debida a las libertades satisfactorias permitidas por una sociedad sin libertad, hace posible una *conciencia feliz* que facilita la aceptación de los errores de esta sociedad. Es el signo de la autonomía y la comprensión declinantes. La sublimación exige un alto grado de autonomía y comprensión; es una mediación entre el consciente y el inconsciente, entre los procesos primarios y los secundarios, entre el intelecto y los instintos, la renuncia y la rebelión. En sus formas más logradas, como por ejemplo la obra artística, la sublimación llega a ser el poder cognoscitivo que derrota la supresión inclinándose ante ella.

A la luz de la función cognoscitiva de esta forma de sublimación, la desublimación triunfante en la so-

iedad industrial avanzada revela su verdadera función conformista. Esta liberación de la sexualidad (y de la agresividad) libera a los impulsos instintivos de mucha de la infelicidad y el descontento que denuncian el poder represivo del universo establecido de la satisfacción. Desde luego, hay una infelicidad general, y la conciencia feliz es bastante débil: una delgada superficie que apenas cubre el temor, la frustración y el disgusto. Esta infelicidad se presta fácilmente a la movilización política; sin espacio para el desarrollo consciente, puede llegar a ser la reserva instintiva de una nueva manera fascista de vida y muerte. Pero hay muchas formas en las que la infelicidad bajo la conciencia feliz puede volverse una fuente de fuerza y cohesión para el orden social. Los conflictos del individuo infeliz parecen ahora mucho más fáciles de curar que aquellos que provocaron el "malestar de la civilización" de Freud, y parecen estar definidos mucho más adecuadamente en términos de la "personalidad neurótica de nuestro tiempo" que en los de la eterna lucha entre Eros y Tanatos.

La forma en que la desublimación controlada puede debilitar la rebeldía instintiva contra "el principio de realidad" establecido puede apreciarse mediante el contraste entre la representación de la sexualidad en la literatura clásica y romántica y en nuestra literatura contemporánea. Si uno selecciona de entre las obras que están, en su misma sustancia y forma interior, determinadas por la relación erótica, ejemplos tan esencialmente diferentes como *Fedra*, de Racine, *Las afinidades electivas* de Goethe, *Las flores del mal*, de Baudelaire, *Ana Karenina* de Tolstoi, la sexualidad aparece consistentemente en una forma altamente sublimada, "mediatizada" y reflexiva; pero dentro de esta forma es absoluta, sin ningún compromiso, incondicional. La dominación de Eros es, desde el principio, también la de Tanatos. La realización es destrucción no en un sentido moral o sociológico, sino ontológico. Está más allá del bien y del mal, más allá de la moral social y así permanece más allá del alcance del prin-

cipio de realidad establecido, que este Eros niega y ataca.

En contraste, la sexualidad desublimada es clara en los alcohólicos de O'Neill y los salvajes de Faulkner, en el *Tranvía llamado Deseo* y bajo el *Tejado Caliente*, en *Lolita*, en todos los cuentos de orgías en Hollywood y en Nueva York, en las aventuras de las amas de casa de los nuevos suburbios. Todo esto es infinitamente más realista, osado, desinhibido. Es uña y carne de la sociedad en la que los hechos ocurren, pero no es su negación en ningún lado. Lo que ocurre es sin duda salvaje y obsceno, viril y atrevido, bastante inmoral y, precisamente por eso, perfectamente inofensivo.

Liberada de la forma sublimada que es el signo esencial de sus sueños irreconciliables —una forma que es el estilo, el lenguaje en que la historia es contada—, la sexualidad se convierte en un vehículo de los *best-sellers* de la opresión. No se puede decir de ninguna de las mujeres sexuales de la literatura contemporánea lo que Balzac dijo de la prostituta Esther: que la suya era una ternura que florecía sólo en el infinito. Esta sociedad convierte todo lo que toca en una fuente potencial de progreso y explotación, de cansancio y satisfacción, de libertad y opresión. La sexualidad no es una excepción.

El concepto de la desublimación controlada implica la posibilidad de una liberación simultánea de la sexualidad reprimida y de la agresividad, una posibilidad que parece incompatible con la noción de Freud de la cantidad fija de energía instintiva disponible para la distribución entre los dos impulsos primarios. De acuerdo con Freud, el fortalecimiento de las sexualidad (libido) envolvería necesariamente un debilitamiento de la agresividad, y viceversa. Sin embargo, si la liberación de la libido, socialmente permitida y favorecida, va a ser la de una sexualidad parcial y localizada, será equivalente a una comprensión del hecho de la energía erótica, y esta desublimación será compatible con el crecimiento de formas de agresividad

tanto no sublimadas como sublimadas. Una agresividad que crece desenfrenada en la sociedad industrial contemporánea.

¿Ha alcanzado un grado de normalización en que los individuos se estén acostumbrando al riesgo de su propia disolución y desintegración en el curso de una prevención nacional normal? O, ¿esta aceptación se debe por completo a su imposibilidad de hacer algo contra ella? En cualquier forma, el riesgo de una posible destrucción realizada por el hombre ha llegado a ser un elemento normal tanto en el campo mental como en el material de la gente, así que ya no sirve para atacar o negar el sistema social establecido. Más aún, como parte de su vida diaria puede incluso ligarlos a este sistema. La conexión económica y política entre el enemigo absoluto y el alto nivel de vida (¡y el nivel deseado de empleo!) es suficientemente transparente, pero también suficientemente racional para ser aceptada.

Asumiendo que el instinto de destrucción (en último término: el instinto de la muerte) es un amplio componente de la energía que alimenta la conquista técnica del hombre y la naturaleza, parece que la creciente capacidad de la sociedad para manipular el progreso técnico también aumenta su *capacidad para manipular y controlar este instinto*, por tanto, para satisfacerlo "productivamente". Entonces la cohesión social será fortalecida en sus más profundas raíces instintivas. El riesgo supremo, e incluso el hecho de la guerra, será enfrentado no sólo con una resignada aceptación, sino también con una aprobación instintiva por parte de las víctimas. En este aspecto, también tendremos una desublimación controlada.

La desublimación institucionalizada parece ser así un aspecto de la "conquista de la trascendencia" lograda por la sociedad unidimensional. Del mismo modo que esta sociedad tiende a reducir e incluso a absorber la oposición (¡la diferencia cualitativa!) en el campo de la política y de la alta cultura, lo hace en la esfera instintiva. El resultado es una atrofia de los órganos mentales adecuados para comprender las contradicciones y las alternativas y, en la única

dimensión permanente de la racionalidad tecnológica, la *conciencia feliz* llega a prevalecer.

Ella refleja la creencia de que lo real es racional y de que el sistema establecido, a pesar de todo, proporciona los bienes. La gente es conducida a encontrar en el aparato productivo el agente efectivo del pensamiento y la acción a los que sus pensamientos y acciones personales pueden y deben ser sometidos. Y en esta transferencia el aparato asume también el papel de un agente moral. La conciencia es absuelta mediante la reificación, por la necesidad general de las cosas.

En esta necesidad general, no hay lugar para la culpa. Un hombre puede dar la señal que liquide a cientos y miles de personas y luego declararse a sí mismo libre de todo cargo de conciencia y vivir felizmente después. Los poderes antifascistas que derrotaron al fascismo en el campo de batalla gozan de los beneficios de los científicos, los generales y los ingenieros nazis; tienen la ventaja histórica de los que han llegado después. Lo que empieza como el horror de los campos de concentración se convierte en la práctica de gente entrenada para vivir en condiciones anormales: una existencia humana subterránea y el consumo diario de alimentos radiactivos. Un ministro cristiano declara que no contradice a los principios cristianos evitar por todos los medios posibles que tu vecino entre a tu refugio contra bombas. Otro ministro cristiano contradice a su colega y dice que sí lo hace. ¿Quién tiene razón? De nuevo la neutralidad de la racionalidad tecnológica se muestra por encima de la política y otra vez se muestra como espuria, porque, en ambos casos, sirve a la política de dominación.

El mundo de los campos de concentración... no era una sociedad excepcionalmente monstruosa. Lo que vimos allí era la imagen, y en cierto sentido la quinta-esencia, de la infernal sociedad en que nos sumergimos cada día.¹⁷

¹⁷ E. Ionesco, en *Nouvelle Revue Française*, julio 1956, tal como ha sido citada en *London Times Literary Supplement*, marzo 4, 1960. Herman Kaha sugiere en un estudio de 1959

Parece ser que incluso las más horribles trasgresiones pueden ser reprimidas de tal manera que, para todo propósito práctico, han dejado de ser un peligro para la sociedad. O, si su erupción conduce a perturbaciones funcionales en el individuo (como en el caso del piloto de Hiroshima) no perturba el funcionamiento de la sociedad. Una clínica para enfermos mentales se encarga de la perturbación.

La Conciencia Feliz no tiene límites: organiza juegos con la muerte y la desfiguración en los que la diversión, el trabajo de equipo, la importancia estratégica se mezclan para alcanzar la armonía social. La Rand Corporation, que conjuga estudios académicos, investigaciones, lo militar, el clima y la buena vida, informa sobre estos juegos en un estilo de absoluta exactitud, en sus "RANDOM News", volumen 9, número 1, bajo el encabezado de **MÁS VALE A SALVO QUE ARREPENTIDO**. Los cohetes están listos, la bomba de hidrógeno espera, los vuelos espaciales avanzan y el problema es "cómo proteger a la nación y al mundo libre". A todo esto, los estrategas militares están preocupados, porque "el costo de aceptar riesgos, de experimentar y hacer un error, puede ser terriblemente alto". Pero en ese momento interviene la Rand; la Rand remedia todo e "invenciones como la **SEGURIDAD RAND** entran en la escena". La escena dentro de la que entran es inclasificable. Es un cuadro en el que "el mundo se convierte en un mapa, los proyectiles son meramente símbolos [¡larga vida al tranquilizador poder del simbolismo!] y las guerras son sólo [sólo] planes y cálculos escritos en un papel..." Dentro de esta escena, la Rand ha transformado el mundo en un interesante juego técnico y uno puede tomarlo con calma: los "estrategas militares pueden obtener una valiosa experiencia 'sintética' sin ningún riesgo".

de la RAND (RM-2206-RC) que "debe hacerse un estudio sobre la sobrevivencia de poblaciones en ambientes similares a los de los refugios sobrepoblados (campos de concentración, los trenes de carga repletos empleados por los rusos y alemanes, los barcos de transporte de tropas, las prisiones repletas... etc.). Algunos útiles principios guías pueden encontrarse y adaptarse al programa de refugios".

JUGANDO EL JUEGO

Para comprender el juego uno debe participar, porque la posibilidad de comprensión está "en la experiencia".

Debido a que los jugadores seguros provienen de casi todos los departamentos de Rand tanto como de la Fuerza Aérea, podemos encontrar un físico, un ingeniero y un economista en el equipo Azul. El equipo Rojo incluirá un número igualmente variado de participantes.

El primer día se emplea en un estudio común de en qué consiste el juego y cuáles son las reglas. Cuando los equipos están ya sentados alrededor de los mapas en sus cuartos respectivos, el juego empieza. Cada equipo recibe su declaración política del Director de Juego. Estas declaraciones, generalmente preparadas por un miembro del Grupo de Control, dan una idea de la situación mundial en el momento del juego, alguna información sobre la política del equipo contrario, de los objetivos que debe encontrar el equipo y de su presupuesto. (Las políticas cambian con cada juego para explorar un amplio campo de posibilidades estratégicas.)

En nuestro hipotético juego, el objetivo Azul es mantener una capacidad de disuasión a lo largo del juego; o sea, mantener una fuerza capaz de devolver los golpes a los Rojos para que los Rojos no deseen arriesgarse con un ataque. (El equipo Azul también recibe alguna información sobre la política de los Rojos.)

La política Roja consiste en lograr una superioridad de fuerza sobre los Azules.

Los presupuestos de Azules y Rojos son semejantes a los presupuestos actuales de defensa...

Es alentador saber que el juego ha sido jugado desde 1961 en RAND, "abajo, en nuestro sótano laberíntico; en algún lugar bajo la cafetería" y que "listas en las paredes de los cuartos de Rojos y Azules registran las armas disponibles y los materiales que compran los equipos... Cerca de setenta artículos en total". Hay un "Director de Juego" que interpreta las reglas, porque aunque "el libro de reglas completado con diagramas e ilustraciones tiene sesenta y seis páginas", durante el juego se presentan problemas inevitablemente. El Director de Juego también tiene otra

importante función: "sin advertir previamente a los jugadores", "puede introducir la guerra para tener una medida de la efectividad de las fuerzas militares en juego". Pero entonces, el tablero anuncia: "Café, Pasteles e Ideas." ¡Calma! El "juego continúa durante los periodos restantes —hasta 1972 en que termina. Entonces los equipos Rojo y Azul entierran los proyectiles y se sientan juntos para tomar café y pasteles en la sesión *post mortem*". Pero no descansan demasiado: hay "una verdadera situación mundial que no puede trasponerse efectivamente a SEGURIDAD", y ésta es: "la negociación". Se lo agradecemos: la única esperanza que queda en la situación del mundo real está más allá de los alcances de Rand.

Por supuesto, en el campo de la Conciencia Feliz, el sentido de culpa no tiene lugar y el cálculo se encarga de la conciencia. Cuando todo está en la hoguera, no hay otro crimen que el de rechazar el todo o no defenderlo. El crimen, la culpa y el sentimiento de culpabilidad se convierten en un problema privado. Freud encontró en la psique del individuo los crímenes de la humanidad, en la historia del caso individual la historia de la totalidad. Este nexa fatal es suprimido con éxito. Aquellos que se identifican con la totalidad, que se instalan como guías y defensores de la totalidad pueden cometer errores, pero no pueden hacer mal: no son culpables. Pueden llegar a sentirse culpables otra vez cuando esta identificación ya no exista, cuando se hayan ido.

4. EL CIERRE DEL UNIVERSO DEL DISCURSO

En el estado actual de la historia todo escrito político sólo puede confirmar un universo policiaco, del mismo modo que todo escrito intelectual sólo puede instituir una *para-literatura*, que ya no se atreve a decir su nombre.

ROLAND BARTHES

La conciencia feliz —o sea, la creencia de que lo real es racional y el sistema social establecido produce los bienes— refleja un nuevo conformismo que se presenta como una faceta de la racionalidad tecnológica y se traduce en una forma de conducta social. Esto es nuevo en tanto que es racional hasta un grado sin precedentes. Sostiene a una sociedad que ha reducido —y en sus zonas más avanzadas eliminado— la irracionalidad más primitiva de los estadios anteriores, y que prolonga y mejora la vida con mayor regularidad que antes. Todavía no se llega a la guerra de aniquilación; los campos nazis de exterminio han sido abolidos. La conciencia feliz rechaza toda conexión. Es cierto que se ha vuelto a introducir la tortura como un hecho normal; pero esto ocurre en una guerra colonial que tiene lugar al margen del mundo civilizado. Y ahí puede realizarse con absoluta buena conciencia, porque, después de todo, la guerra es la guerra. Y esta guerra también está al margen; sólo azota a los países "subdesarrollados". Por lo demás, reina la paz.

El poder sobre el hombre adquirido por esta sociedad se olvida sin cesar gracias a la eficacia y productividad de ésta. Al asimilar todo lo que toca, al absorber la oposición, al jugar con la contradicción, demuestra su superioridad cultural. Del mismo modo, la destrucción de los recursos naturales y la proliferación del despilfarro es una prueba de su opulencia

y de "los altos niveles de bienestar". "¡La comunidad está demasiado satisfecha para preocuparse!"¹

EL LENGUAJE DE LA ADMINISTRACIÓN TOTAL

Este tipo de bienestar, el de la superestructura productiva que descansa sobre la base infeliz de la sociedad, abarca a los "mass-media" que constituyen la mediación entre los amos y sus servidores. Sus agentes de publicidad configuran el mundo de la comunicación en el que la conducta "unidimensional" se expresa a sí misma. El lenguaje creado por ellos aboga por la identificación y la unificación, por la promoción sistemática del pensamiento y la acción positiva, por el ataque concertado contra las tradicionales nociones trascendentes. Dentro de las formas prevalecientes del lenguaje, se advierte el contraste entre las formas de pensamiento "bidimensional", dialécticas, y la conducta tecnológica o los "hábitos de pensamiento" sociales.

En la expresión típica de estos hábitos de pensamiento, la tensión entre apariencia y realidad, entre hecho y factor que lo provoca, entre sustancia y atributo tiende a desaparecer. Los conceptos de autonomía, descubrimiento, demostración y crítica dan paso a los de designación, aserción e imitación. Elementos mágicos, autoritarios y rituales cubren el idioma. El lenguaje es despojado de las mediaciones que forman las etapas del proceso de conocimiento y de evaluación cognoscitiva. Los conceptos que encierran los hechos y por tanto los trascienden están perdiendo su auténtica representación lingüística. Sin estas mediaciones, el lenguaje tiende a expresar y auspiciar la inmediata identificación entre razón y hecho, verdad y verdad establecida, esencia y existencia, la cosa y su función. *

Estas identificaciones, que aparecen como un aspecto del operacionalismo,² reaparecen como aspectos

¹ John K. Galbraith, *American Capitalism* (Boston, Houghton Mifflin, 1956), p. 96.

² Ver p. 34.